



Inventa tu propio país



Arte: Martín Olivera



La solidaridad otoñal en Europa

Con excepción del Día de Muertos en México, una tradición profunda, en nuestra América prevalecen festividades tendientes al consumismo durante el último trecho del año. En cambio, en Europa del norte se han desarrollado eventos que promueven la solidaridad, particularmente en torno de San Martín, y que son importantes como educadores de valores en los niños.

Extralímites | 6



USNS Comfort

Formidables barcos salvavidas

Los beneficios de los barcos de la salud son muy significativos en poblaciones marginales, vulnerables y lejanas. Estas embarcaciones pueden reducir la morbilidad brindando atención y mejorando la prevención y el tratamiento de diferentes enfermedades.

Vida | 4

Calaveritas y fotos inéditas

En nuestra participación en las festividades del Día de Muertos, presentamos una selección única de fotos del archivo Casasola, parte de una exposición que se presenta en París, así como nuestras calaveritas literarias, que llegan puntuales cada año.





San José Insurgentes
Instituto de Yoga GFI

55 años nos respaldan

¡Atrévete al cambio!,
practica:

Yoga

Alivio del estrés,
mejor respiración
y circulación,
conciencia y paz interior

¡Regresamos
a clases
presenciales!

www.yogasanjoins.com
sanjoins@hotmail.com



Una acción ciudadana

En la línea editorial de *Libre en el Sur* --desde su fundación hace 21 años-- , ha ocupado un lugar primordial la estimulación de la solidaridad y la participación ciudadanas, fundamentales para la creación de comunidad y para la identidad colectiva. Un caso ejemplar de esa actitud se manifestó reciente cuando vecinos de la colonia Tlacoquemécatl del Valle, apoyados por residentes de otras colonias de Benito Juárez, salieron en defensa de un árbol sano y frondoso que estaba a punto de ser irresponsablemente talado por los propietarios del local en que funciona actualmente la taquería La Guapa, en la esquina de San Lorenzo e Insurgentes Sur. La actitud firme y decidida de los vecinos logró salvar el ejemplar (que había sido ya parcialmente dañado), al encontrar finalmente en los empresarios una actitud comprensiva. De común acuerdo, se suspendió definitivamente la tala y se fijó la entrega de 10 nuevos fresnos como mitigación por los daños infringidos al árbol, mismos que ya fueron plantados en distintos puntos del vecino parque San Lorenzo. De nuevo quedó demostrado como la unidad empodera a los ciudadanos.

» DIRECTORIO

Libre en el Sur
Doscientos cincuenta y dos
Noviembre de 2024

Director
Francisco Ortiz Pinchetti
Subdirector
Francisco Ortiz Pardo
Coeditor gráfico
Víctor Durán
duran.victor@hotmail.com
Servicios fotográficos
Agencia Cuartoscuro
Asesores de ventas
Elena Pardo S.
Diseño
Kimera

Oficinas
Miguel Laurent 15 bis despacho 404,
colonia Tlacoquemécatl del Valle,
alcaldía Benito Juárez, C.P. 03200,
Ciudad de México. Teléfono: 5539 5212 41.

Correo: libreenelsur@gmail.com
www.libreenelsur.mx

Libre en el Sur es una publicación mensual digital editada por Grupo Libre Comunicación, S.A. de C.V. Certificado de Reserva de Derechos al Uso Exclusivo del Nombre (Indautor) número 050714382500-101. Los editores no son responsables del contenido de la publicidad. Los artículos firmados son responsabilidad de sus autores.



Suscríbete por sólo \$350 pesos anuales
ENVÍO GRATIS

Adquiere hasta la puerta de tu casa *Cuartoscuro*, la principal revista de fotografía en México y América Latina.

Desde hace casi 30 años la revista está comprometida con visibilizar la creación fotográfica en nuestro país desde una perspectiva independiente. ¡No te quedes sin tu ejemplar!



revista@cuartoscuro.com
teléfono 555211 2607, ext. 106

CUARTOSCURO
AGENCIA DE FOTOGRAFÍA Y EDITORA

37 AÑOS DE RETRATAR A MÉXICO

**OFERTA \$150
POR DIAGNÓSTICO**

¿Sabías que? puedes conocer:

**IDENTIDAD • CARÁCTER
• TEMPERAMENTO
MODO DE SER DE UNA PERSONA
POR MEDIO DE SU FIRMA Y ESCRITURA**

¡DESCÚBRELO!



Alberto Benítez Castelán,
perito en Grafología

5536 46 56 56

Las calaveritas 2024

• Epitafios: Paco Ortiz • Osamentas: Garabetos.

Claudia Sheinbaum

En el panteón de Dolores una tumba pone un verso: que doña Claudia murió por imitar al perverso.

La Parca se la llevó por no cumplir con un trato. Guardar la Ley prometió... ¡y cayó en el desacato!



García Harfuch

Se nos murió el buen Omar cuando mayor falta hacía al intentar la osadía de a los cárteles domar.

El nieto de Barragán no mereció el cruel final: que por celos lo mataran los de Guardia Nacional.



El Peje

Andrés Manuel lo juró que a su rancho partiría. Y que nunca más tendría injerencia en el gobierno.

Sin embargo, otra mentira: No cumplió con la promesa y en lugar de a La Chingada se fue directo... a su fosa.



Adán Augusto

Le decían El Vampiro por su apariencia fatal y por chuparles la sangre con terrible impunidad. Sin embargo se ufanaba de su infinita lealtad con el paisano que estaba en Palacio Nacional.

El ojo le echó la Muerte desde que lo vio llegar. Lo siguió con gran sigilo y en San Lázaro arribó. Y cuando lo tuvo cerca con guadaña lo atrapó para llevárselo al hoyo ¡como su particular!

El Parquímetro

Por estacionar los autos con intención de un atraco quisieron cobrar tributos con parquímetros en Tlaco.

Los vecinos se opusieron, se juntaron, discutieron. Y enterraron ese albazo en el parque San Lorenzo.



El agua envenenada de BJ

Con el agua envenenada nos quisieron engañar. Primero que era mentira, luego “huele a todo dar”. Amenazaron vecinos por el tema denunciar y ocultaron el dictamen, para su culpa salvar.

Que era petróleo dijeron, que lubricante, que cera Nadie sabe nadie supo, “¡es asunto baladí!” La Catrina nada tonta llenó con agua una jarra y con ella envenenó al embustero Martí.



Santiago Taboada

Al blindar Benito Juárez la inseguridad bajó. Destacó entre los alcaldes y muchos votos ganó.

Tras morir en los comicios, resucitar procuró. Y ocurrió que los malandros le blindaron... ¡el sepulcro!

Clara Brugada

Siempre soñó esta mujer chilangolandia ganar con afán de mucho hacer para sus males quitar.

Nunca imaginó Clarita que al intentar tal empresa entre Pilares la Parca la enterró en Iztapalapa.



Marcelo Ebrard

Adán le dijo a Marcelo que nada le faltaría si amarraba a su jauría y no guardaba recelo.

Sin embargo el secretario le replicó al tabasqueño que si intentaba callarlo primero muerto... que mudo.

POR NADIA MENÉNDEZ DI PARDO

La definición precisa de los llamados “barcos de la salud” refiere a embarcaciones que ofrecen y prestan sus servicios médicos en regiones y comunidades geográficamente lejanas o de difícil acceso y que carecen de infraestructura para brindar atención y por consiguiente atender diferentes padecimientos. La idea de estos barcos como servicio médico humanitario surge en la segunda mitad del siglo XX. Uno de los principales impulsores de este proyecto fue Don Stephens, quien fundó *Mercy Ships* en 1978. El nombre *Mercy Ships* proviene de ofrecer “misericordia”. *Mercy Ships* es una organización sin fines de lucro que utiliza barcos para llevar atención médica gratuita principalmente a poblaciones vulnerables y sin recursos principalmente en las costas de África. El concepto también ha sido adoptado por otras instituciones militares y organizaciones internacionales, como la Marina de los Estados Unidos, que utiliza el *USNS Comfort* y el *USNS Mercy* para misiones humanitarias en América Latina y Asia. De acuerdo con Stephens (2013) los barcos de la salud tienen como objetivo principal llevar atención médica a poblaciones que carecen de acceso a servicios de salud. Los *Mercy Ships*, por ejemplo, se centran en naciones africanas, en las cuales las poblaciones tienen una alta tasa de morbilidad debido a la falta de recursos médicos adecuados. Por otro lado, según Zanetti (2019) el *USNS Comfort* y el *USNS Mercy*, de la Marina de los Estados Unidos, suelen realizar misiones humanitarias en respuesta a desastres naturales o crisis sanitarias, como por ejemplo, brotes epidémicos, en América Latina y Asia.

Como lo explica Smith (2020) el *Africa Mercy*, es un barco hospital con una capacidad para unos 450 miembros del personal y dispone de seis quirófanos completamente equipados. Esto le permite realizar más de 7,000 intervenciones quirúrgicas al año. A su vez este barco cuenta con una clínica dental, una clínica oftalmológica y laboratorios médicos. Este barco hace paradas en puertos de naciones como Sierra Leona, Benín, Liberia y Madagascar, ofreciendo servicios en regiones donde la accesibilidad médica es extremadamente limitada (Stephens, 2013). El *USNS Comfort* y el *USNS Mercy* tienen una capacidad para más de 1,000 miembros del personal y 12 quirófanos. Estos barcos están diseñados para realizar tanto operaciones de rutina como tratamientos complejos, como trasplantes de órganos y cirugías de corazón. (Ridgeway, 2015). En los navíos se atienden diferentes condiciones médicas, por ejemplo, se especializa en cirugías reconstructivas, oftalmológicas y maxilofaciales, así como en el tratamiento de enfermedades tropicales y deformidades, como el labio leporino y tumores faciales. Además se brindan atención dental y programas de capacitación

Atención médica a flote



Los barcos hospital, particularmente de manufactura y servicio estadounidense son una asombrosa solución para salvar a enfermos en lugares lejanos y pobres.

Mercy Ships.

para profesionales de la salud locales para en algunos casos poderle dar continuidad a los padecimientos. (Stephens, 2013). El *USNS Comfort*, atiende desde emergencias médicas hasta intervenciones quirúrgicas, además de realizar vacunaciones masivas y tratamiento de enfermedades infecciosas. (Zanetti, 2019). Uno de los desafíos más significativos de estas embarcaciones es estrechar la comunicación con los servicios hospitalarios locales y con los facultativos del lugar para darle seguimiento a los procesos.

Por lo referido, los barcos pueden permanecer en un país varios meses dependiendo de la situación, puede variar entre 10 y 12 meses para darle seguimiento y atención a los pacientes. (Smith 2020) Lo que es importante destacar es que estos barcos además de proporcionar la atención médica adecuada, también capacitan a profesionales locales, lo que asegura un modelo de atención más duradero en las comunidades. A

su vez estas embarcaciones proporcionan medicamentos a sus pacientes, ya sea como parte de su tratamiento postoperatorio o para el manejo de enfermedades crónicas como la diabetes y la hipertensión. Los barcos suelen estar equipados con farmacias a bordo, lo que facilita la provisión de medicamentos. (Smith, 2020). El financiamiento de estos barcos hospital, proviene en su mayoría de donaciones privadas, de empresas y fundaciones de caridad. En algunos casos los gobiernos proporcionan apoyo logístico. La mayor parte de los tripulantes son voluntarios que pagan sus propios gastos mientras sirven a bordo. Empresas como Johnson & Johnson y el Club Rotario Internacional, también son importantes contribuyentes financieros y logísticos. (Mercy Ships, 2021).

Por ejemplo en el caso de una epidemia *Mercy Ships* actúa en coordinación con las autoridades sanitarias locales e interna-

cionales. Aunque su capacidad está orientada principalmente a cirugías y atención médica especializada, durante situaciones de crisis, como epidemias, el rol del barco se ajusta para brindar apoyo logístico, educativo y preventivo. Por ejemplo en una situación de crisis y antes de intervenir, se realiza una evaluación de la situación junto con la OMS y las autoridades locales. Esta examinación incluye determinar si es seguro para el barco atracar y qué tipo de apoyo es más necesario en la región afectada. (Stephens, 2013) A su vez *Mercy Ships* organiza talleres, capacitaciones y campañas sobre las medidas sanitarias básicas, como la higiene de manos, el uso de mascarillas, y el aislamiento de casos sospechosos para contener la propagación de la enfermedad. Aunque el barco tiene una capacidad limitada para poder contener epidemias masivas, puede proporcionar apoyo a hospitales y clínicas locales que

están sobrecargados por la crisis. Esto incluye tratar a pacientes con enfermedades no relacionadas con el brote epidémico para liberar las instalaciones locales para atender a los afectados por la epidemia. (Stephens, 2013). En esos casos, los procedimientos de cuarentena, el uso de equipos de protección personal y las medidas de distanciamiento social se refuerzan para evitar la propagación de la enfermedad dentro del barco.

Los beneficios de los barcos de la salud son muy significativos en poblaciones marginales y vulnerables. Estas embarcaciones pueden reducir la morbilidad brindando atención y mejorando la prevención y el tratamiento de diferentes enfermedades; y representan una solución muy efectiva para mejorar la cobertura médica en áreas lejanas donde las poblaciones y comunidades no cuentan con los recursos y servicios suficientes para poder atender sus necesidades. ■

El alcalde de Benito Juárez, Luis Mendoza, asegura que tiene definida la estrategia que implantará a favor de los vecinos:

“Vamos a gobernar con los valores de la pluralidad, de la democracia, de escuchar para tomar las mejores decisiones, de coordinación con la Jefatura de Gobierno y todos y todas la organizaciones políticas y ciudadanas que contribuyan a las soluciones, pero también con los valores de la eficiencia, la eficacia y la honestidad de quienes trabajamos para los vecinos de Benito Juárez”, dice en entrevista.

Al hacer una evaluación de su primeros meses de labores afirma que el trabajo no ha parado, “desde el día uno he estado codo a codo con nuestra gente, los he escuchado y valoro la voz de cada vecino”, enfatiza. “Hemos recorrido las calles, los parques; estamos trabajando”.

El alcalde asegura: “Mi equipo y yo estamos a disposición de la gente, tengo claro que vecinos y gobierno vamos a defender nuestra calidad de vida y nuestra seguridad, el espacio público, nuestros deportivos y parques, por ello tendremos los mejores servicios urbanos y una alcaldía pareja; lo he dicho antes: la misma banqueta que se coloque en Nápoles va a ser la que se coloque en Portales, en Nativitas y Moderna”

Y subraya: “Vamos a hacer de Benito Juárez una alcaldía sin contrastes. Ese es mi compromiso por el que he estado trabajando”.

Sobre la relación con la Jefatura de Gobierno de Ciudad de México, Luis Mendoza tiene definida su prioridad: los vecinos.

“Creo en que, si gobernamos juntos todos los niveles de gobierno, nos ira



mejor a todos. Las campañas acabaron y hoy nos toca trabajar a favor de las personas, sin distinción ni favoritismo”, explica.

“Las y los vecinos de Benito Juárez son mi prioridad; no hay interés superior que ellos, lo que aquí nacimos o decidimos vivir aquí somos los que hemos hecho grande esta alcaldía y ponemos las condiciones en las cuales deseamos vivir y yo voy a respetar”.

Entre los retos de la nueva administración, reconoce Luis Mendoza, están fortalecer la seguridad con la Estrategia Blindar BJ 360° y mejorar la alcaldía en servicios urbanos.

La meta del alcalde es tener como él mismo dice: “una alcaldía sin contrastes”.





Fotos: Especial

Festividades otoñales

En el último tercio del año prevalecen en Europa del norte festejos que inculcan en las nuevas generaciones la solidaridad, a diferencia de valores consumistas promovidos en América, más allá del entrañable Día de Muertos nuestro, con la llegada de época de Navidad.

ESTEBAN ORTIZ CASTAÑARES

En noviembre, como todos sabemos, la gran festividad de México, es el Día de los Muertos, periodo donde los vivos no solo recuerdan a sus familiares, amigos y conocidos fallecidos, sino que, de acuerdo con la tradición, conviven con ellos.

Además de los eventos que existían desde mi niñez, como la obra teatral de *Don Juan Tenorio*, la visita a altares icónicos, hacer las tradicionales calaveritas con los amigos o compañeros de trabajo

(esos versos divertidos y críticos sobre amigos y personalidades que desde principios del siglo pasado se popularizaron gracias a las obras gráficas de Guadalupe Posadas), las visitas turísticas a lugares tradicionales de la celebración, como Janitzio o Mixquic, y por supuesto poner un altar familiar en la casa o en el cementerio.

También se ha extendido la ya tradicional obra de *La Llorona de Xochimilco* y, por supuesto, el nuevo desfile de muertos, iniciado en la capital mexicana a partir

de una película gringa de James Bond (*Spectre*, 2015) que, por ironías del destino, representaba una mala interpretación de lo que para nosotros los mexicanos significa esta festividad.

En el hiper mundo de las redes sociales (internet), hay un sinnúmero de videos sobre el tema donde las ánimas visitan a los vivos, que siempre circulan en estos días. Y es así que, para nuestra cultura, el Día de Muertos, es el gran festejo otoñal.

En Europa noroccidental, a pesar de que también existe el festejo de "El día de Todos los Santos", el primero de noviembre (día de asueto) y el domingo siguiente, la parte más tradicional de la sociedad va a los cementerios a visitar y recordar a aquellos que ya se han ido. Dejan en las tumbas velas, flores, amuletos, fotos y algunos recuerdos. Pero el festejo es realmente marginal, las grandes festividades de la época están orientados a la solidaridad.

Para este tipo de pueblos el otoño significaba, hasta el inicio de la plena industrialización en el siglo 19, el último momento para poder acumular alimento que les permitiera sobrevivir el duro invierno, donde no se podía cosechar nada y los animales de presa escaseaban. Aquellas familias, que por alguna razón no tenían suficiente alimento almacenado para al menos 4 meses, estaban casi



Solidaridad

condenadas a muerte, si alguien de la familia externa --vecinos o amigos— no los auxiliaban.

Cualquiera podía caer en esta calamidad, por lo que las sociedades crearon festividades de solidaridad en la época precristiana y se solidificaron posteriormente referenciándolas a algún santo. Y así, el festejo de San Martín se volvió uno de los más importantes desde el medievo en la zona de Alemania y Flandes (Bélgica y los Países Bajos).

De acuerdo con referencias históricas cristianas, San Martín venía de alguna familia romana radicada en Panonia, actual Hungría, donde nació (316). A pesar de la oposición de sus padres, desde una muy temprana edad se volvió catecúmeno, es decir un estudiante de la religión que buscaba hacerse cristiano, un

proceso de evangelización que se hacía en la edad media. A los 18 años de edad se integró a la caballería de las legiones romanas sirviendo por más de 22 años; posteriormente se dedicó fundamentalmente a evangelizar, convirtiéndose finalmente en el arzobispo de Tours (Francia). Se le acreditan un gran número de milagros.

Pero lo más importante se dio como legionario, al llegar a Amiens (Francia), encontró cerca de la puerta de la ciudad a un hombre mendigando, a punto de morir de frío. Apiadándose de él, cortó la mitad de su capa y se la dio para que se protegiera. En sueños se le apareció Cristo como revelación diciéndole: "Martín, aunque solo eres catecúmeno, me cubriste con tu manto". Por lo que él toma la decisión de conver-



tirse plenamente al catolicismo. Como dato curioso, Carlomagno, primer emperador del imperio Sacro Romano Germánico, mandó hacer una pequeña iglesia donde se resguardaba parte de la capa. En latín la palabra capa es capella, de ahí se derivó el nombre que actualmente conocemos para aquellos pequeños recintos religiosos como capillas. Actualmente esa capa se encuentra en la catedral de Tours, justo aquel donde San Martín fue arzobispo.

Más allá de la veracidad de la historia, la figura de San Martín trata de inculcar en la sociedad un sentido de solidaridad esencial para garantizar la supervivencia de todos los integrantes de una comunidad durante el gran periodo de escasez de mediados de otoño, invierno y principios de la primavera.

El dar vestido al desnudo, resguardo al desamparado y pan al hambriento, se volvieron reglas sociales, religiosas y cívicas, elementales para la protección de aquellos miembros desamparados.

La celebración se hace en la noche del 11 de noviembre o en otro día cercano a esta fecha. Los niños hacen lamparitas con papel de china, que la sujetan a un palo con una vela encendida (hoy se

ha vuelto más común el uso de un foco o led). El evento inicia con una gran procesión dirigida por un jinete que personifica a San Martín y su caballo blanco. Una pequeña orquesta lo acompaña y las familias y colonos, con las lamparitas, los acompañan cantando canciones relacionadas al santo. La procesión termina en una plaza o patio, normalmente de escuelas, donde las familias se reúnen alrededor de un fuego y después los niños suben a sus salones para convivir, cantar y para tomar chocolate caliente y un pan en forma de hombre con pipa (Beckmann), con un sabor parecido a la masa de la rosca de reyes. Posteriormente, en esa noche, grupos de niños van de casa en casa cantando canciones de San Martín a cambio de dulces o dinero.

El festejo se sublima, el siguiente domingo, con una gran comida, normalmente con la familia extensa y amigos cercanos, y la degustación del ganso, un animal relacionado con San Martín, con la idea de convivir y compartir solidariamente. Este evento, además, se considera el inicio del periodo navideño.

Como en todo el mundo, pero en menor grado que en México, el festejo se está viendo perturbado por el Halloween, sobre



Sankt Martin, una pintura



Personificando a San Martín a caballo



todo porque algunas familias, la mayoría de nuevos ciudadanos, ajenos a las tradiciones locales, lo festejan alternativamente, de la misma manera que lo conocemos de Estados Unidos.

Las festividades relacionadas con la solidaridad se manifiestan también con otras fechas, muchas de ellas ya muy cerca del invierno. Como Santa Bárbara (4 de diciembre), en las zonas mineras del norte de Europa; Santa Lucía, en los países escandinavos, principalmente Suecia (13 de diciembre) y por supuesto San Nicolás, el 6 de diciembre, que es el santo patrón de los niños, indigentes, solteras y marineros, entre otros. Los navegantes se encargaron de transmitir su devoción a toda Europa, desde la zona de Turquía, donde él vivió, hasta Rusia. En Holanda se le conoce como Sinterklaas, y en las grandes migraciones que se dieron a América en el siglo 17 lo transmitieron como parte de su cultura, en especial a Nueva Ámsterdam, actualmente Nueva York, Estados Unidos, donde existía una gran colonia holandesa.

Por una deformación lingüística su nombre se modificó a Santa Claus y con el paso del tiempo, su tradición se extendió a toda la unión americana y posteriormente al mundo entero, cuando cambió el día de su festejo del 6 al 24 de diciembre y desbancó culturalmente a Jesús para la distribución de regalos a los niños.

Es interesante hacer notar que todos estos festejos se concentran en actividades infantiles, con el fin de inculcar una cultura solidaria en las nuevas generaciones. Y así las festividades de la solidaridad y compromiso social, creo yo, han sido reforzadores de los vínculos sociales comunitarios, siendo factores que incrementan el "Índice social", que mide:

- La confianza social: Que tanto un miembro de una comunidad puede confiar en otro desconocido, y...
- El número de organizaciones, en la comunidad, en que cada individuo está involucrado.

No creo que sea casualidad que conforme con el registro de los países con mayor voluntariado en el mundo, de los 10 mayores, 8 pertenecen a esta región, según se puede constatar en el reporte de la organización Volunteer FDIP.

La adversidad del medio externo, que es histórica, y el refuerzo cultural con este tipo de tradiciones, se han vuelto factores que crean sociedades solidarias.

Ojalá y tuviésemos en México festejos similares que refuercen la solidaridad, que en nuestro pueblo prácticamente solo aflora cuando ocurren las grandes tragedias, como los terremotos en Ciudad de México.

El 31 de octubre, Día de la solidaridad en el mundo, podría ser un día perfecto para ¡festejar en grande!, inculcando en las nuevas generaciones la importancia de la solidaridad en nuestro país. ■

GERARDO GALARZA

En casi paráfrasis del dicho célebre de Yogi Berra de que “esto no se acaba hasta que se acaba”, Fernando Valenzuela, vencedor de los Yanquis de Nueva York en el clásico de otoño de 1981, resume: la Serie Mundial es la Serie Mundial.

Junto con Aurelio López, quien la semana pasada perdió el juego decisivo entre Astros y Mets en los playoffs de la Liga Nacional, Fernando Valenzuela es uno de los dos pitchers mexicanos ganadores de juegos de Serie Mundial.

Ríe cuando se le pregunta la diferencia entre lanzar un juego común y corriente y uno de la serie última. “Eso depende de cada lanzador, pero en mi caso lo quise tomar como un juego cualquiera, con mayor importancia claro, pero nada más”.

La diferencia —acepta— es que un juego de Serie Mundial tiene “un poquito más de presión: Sé de ella. Hay presión. Conozco a varios lanzadores que piensan igual que yo y al lanzar tratan de hacer lo mismo que hacen siempre: ganar el juego. Hay que tratar de conseguir la victoria. Sólo hay un cambio: la presión; la del juego, la del público y la de saber que es la Serie Mundial”.

La presión para cualquier jugador de beisbol de Grandes Ligas —dice Valenzuela— comienza “con el mismo nombre de Serie Mundial. En la temporada regular hay 162 juegos y uno se puede recuperar de una derrota; en la Serie Mundial sólo son siete y la presión empieza al saber que es necesario ganar el primer juego y crece al tratar de seguir adelante”.

Ante la Serie Mundial, las especulaciones de conocedores y legos crecen y se convierten casi en parte del “librito”, aunque sea personal. Los bateadores tienen ventajas al no ser conocidos por los pitchers de la liga contraria, dicen unos; los otros invierten los términos.

Ganador de 21 juegos —su mejor año en victorias— con un equipo colero, Fernando Valenzuela cree que los lanzadores tienen “una poquita de ventaja” en los juegos entre equipos de ambas ligas simple y llanamente porque “el lanzador tiene la pelota en la mano”.

“Tú sabes, se dice que uno no conoce a los bateadores de la otra liga, pero tampoco ellos lo conocen a uno. El lanzador tiene la pelota en la mano y sabe lo que va a lanzar; el bateador sólo está esperando el lanzamiento, sin saber cuál va a ser. Eso es muy importante y esa es la ventaja”.

El desconocimiento entre los jugadores de las ligas Nacional y Americana es tan sólo un decir, porque el beisbol de Grandes Ligas no se juega únicamente en el diamante; participan muchos

‘La Serie Mundial es la Serie Mundial’

Una entrevista a Fernando Valenzuela, hace 34 años

El pitcher Fernando Valenzuela, considerado por una parte de cronistas y críticos como el mayor deportista mexicano de todos los tiempos, murió el martes 22 de octubre, a los 63 años de edad. En el otoño de 1986 reveló que al llegar a una Serie Mundial (él venció a los Yanquis en la de 1981), lo primero que hace el lanzador es estudiar a cada bateador del equipo contrincante. Este es el texto íntegro que publicamos con autorización del autor.



Foto: Daniel Augusto/Cuartoscuro



Foto: XM.L.B



Homenaje a Valenzuela en el Dodger Stadium, en el primer juego de la Serie Mundial.

no sirve de nada si el lanzador no trae control. Entonces, uno sabe que debe tirarle adentro o afuera, pero sin control nada sirve. En ocasiones, también, uno se puede equivocar al hacer un lanzamiento”.

Valenzuela conserva en la voz un dejo sonoreño. En ocasiones usa el “okey, okey” como muletilla. A cambio, nunca dice pitcher, siempre dice “lanzador”. En cinco temporadas en Grandes Ligas a Valenzuela poco le queda por conquistar en el mejor beisbol del mundo. Es el beisbolista mexicano más famoso de todos los tiempos y es el deportista profesional mexicano mejor pagado en toda la historia. Sus 21 victorias de esta temporada —entre ellas sobre los propios Mets y los Astros— a cambio de once derrotas lo convirtieron en el lanzador más ganador. Siempre se declaró orgulloso de ello, pero dijo que hubiera preferido que sus Dodgers llegaran a la Serie Mundial.

Fernando no cree que un lanzador debe cambiar al participar en una Serie Mundial. “Todos tratan de usar sus mejores lanzamientos. No es posible sólo utilizar los mejores, porque a un bateador de Grandes Ligas no se le puede estar pasando el mismo lanzamiento todo el tiempo. Eso es lo que él está esperando. Hay que variar. El bateador también trata de hacer todo de la mejor manera”.

Tampoco hay cambio en las señas utilizadas entre el pitcher y catcher. Se usan las mismas de la temporada regular. Los cambios en las señas ocurren cuando hay corredor en segunda base, quien puede observar el tipo de lanzamiento que se pide al pitcher contrario. “Al menos nosotros usamos siempre las mismas señas que en la temporada regular”, dice.

El gran secreto de un lanzador, según Valenzuela, es la concen-

más de los que, uniformados, tienen derecho a estar en el “dogout” y la Serie Mundial se inicia mucho antes de que se cante su playbol.

Apenas comienzan las series de campeonato, los equipos participantes envían a sus observadores a la serie de liga rival. Van a observar a sus posibles contrarios. Hacen informes exhaustivos de cada uno de los bateadores, que van a parar a manos de manager y coaches. Éstos se reúnen con sus pitchers para estudiar bateador por bateador, “para saber qué lanzamientos les gusta batear, cuáles les hacen daño, en qué situación se puede tirar determinada pichada”.

Un buen informe —reconoce Valenzuela— puede significar un triunfo. “Es muy importante saber lo que uno tiene que hacer. Pero realmente el mejor informe

Se fue como la lluvia... poco a poco

Staff / Libre en el Sur

Fernando Valenzuela, el más grande pelotero mexicano de la historia, falleció la noche del martes 22 en Los Ángeles, California, a los 63 años de edad.

No fueron dadas a conocer las causas de su deceso. El pasado 30 de septiembre, el equipo Dodgers, con el que Fernando jugó durante 11 años, anunció que el sonorense dejaba su puesto como cronista en español de los juegos de la novena californiana sin fecha de retorno, lo que despertó las sospechas sobre su estado de salud.

Días después reveló que el pitcher se encontraba hospitalizado en LA y que el pronóstico no era alentador, así que surgió el rumor de su deceso, el cual desmintió su familia.

Fue Emilio Hernández, ya fallecido, reportero entonces del semanario Proceso, el primer periodista en viajar a Etchohuaquila, en Sonora, el poblado en el que Valenzuela nació.

Estos son los primeros párrafos de su reportaje, publicado en la edición 236 de mayo de 1981 de la mencionada revista:

“Ya lo traía de naciencia. Por eso no quiso seguir en la escuela y comenzó a irse de la casa”.

Así recuerda don Avelino aquellos calurosos días de mayo de 1973, cuando su hijo, Fernando Valenzuela, era apenas un endeble adolescente, aspirante a jugador de beisbol.

“Fernando se fue del ejido poco a poco, como la lluvia: primero se iba a Navojoa, con el equipo Mayos de la liga del estado. Desaparecía por unos ocho días y regresaba, hasta que una vez lo contrataron en Guanajuato y volvió luego de cinco meses. Apenas tenía 16 años.

—Sentí sus ausencias —agrega don Avelino—. Es el más chico de doce hijos, pero el que menos ha estado en la casa. A veces me intranquilizaba porque era muy callado y no sabía cómo le hacía para vivir. Además, aquí siempre se necesitan brazos para trabajar la tierra.



Fernando Valenzuela firma pelotas de beisbol.

Ahora, cuatro años después y en sólo 28 días, Fernando Valenzuela está convertido en el pelotero mexicano más destacado en las Ligas Mayores de beisbol. Sus siete victorias sin derrota, cinco blanqueadas, porcentaje de 0.28 en carreras limpias y 61 ponchados en igual número de presentaciones, lo colocan como el pitcher más consistente de su equipo...

Volvió al año siguiente a Etchohuaquila, cuyos caminos ya no eran los áridos y polvorientos terregales, para dar constancia de la transformación del pueblo gracias al hijo pródigo.

Fernando Valenzuela fue uno de los jugadores de beisbol más icónicos de México —probablemente el mayor deportista de todos los tiempos— y un ídolo internacional. Nació el 1 de noviembre de 1960 en Etchohuaquila, Sonora, México. Como lanzador zurdo, Valenzuela comenzó su carrera profesional en la Liga Mexicana antes de ser firmado por los Dodgers de Los Ángeles en 1979.

El sonorense hizo su debut en las Grandes Ligas en 1980, pero fue en 1981 cuando capturó la atención mundial con su impresionante inicio de temporada, que más tarde se cono-

ció como ‘Fernandomanía’.

Ese año, Valenzuela ganó tanto el premio al Novato del Año como el Cy Young en la Liga Nacional, un logro único hasta la fecha. Su estilo de lanzar, caracterizado por una mezcla letal de lanzamientos y su famosa bola de tirabuzón (screwball), lo convirtió en un fenómeno cultural.

Fue clave para los Dodgers durante la década de 1980, ayudando al equipo a ganar la Serie Mundial de 1981. Fue seleccionado para seis Juegos de Estrellas consecutivos y ganó dos Bates de Plata como lanzador, destacando no solo por su habilidad en el montículo, sino también como bateador.

Aunque su carrera enfrentó algunos altibajos debido a lesiones, Valenzuela continuó jugando en las Grandes Ligas hasta 1997. Posteriormente, se convirtió en comentarista de beisbol en español para los Dodgers.

Su impacto va más allá del campo; Fernando Valenzuela fue una figura clave en la popularización del beisbol entre la comunidad latina en los Estados Unidos. En 2023, los Dodgers retiraron su número 34, reconociendo su legado.

que los bateadores más difíciles de los Mets son todos, pero especialmente Keith Hernández, Gary Carter y Darryl Strawberry. “Ellos son difíciles porque son bateadores constantes. Ante un bateador de poder, tú no puedes hacer nada o puedes hacer todo, porque si haces mal un lanzamiento te saca la pelota del parque, pero si tiras bien lo ponchas o eleva. Los mayores problemas los causan los bateadores constantes como ellos, porque siempre están embasándose”.

Y la única defensa ante ese tipo de jugadores es “estar siempre adelante, arriba de ellos. Si te pones 0-2, tienes tres bolas para

desperdiciar”.

De los Medias Rojas de Boston, Fernando Valenzuela dice que cuentan con gente “muy experimentada: Don Baylor, Jim Rice, Dwight Evans. Ellos han estado en series mundiales. Boston tiene un poquito más de experiencia que los Mets”.

Por ello, Fernando dice que la Serie Mundial de 1986 será la del pitcheo de los Mets contra la experiencia de los Medias Rojas. “Lo importante es que los lanzadores estén siempre arriba del bateador”, porque además el Fenway de Boston tiene las bardas de los jardines más cerca y el llamado “monstruo verde”, a pesar de su

altura, puede convertir en jonrones lo que en otros parques podrían ser simples elevados.

Y consecuente con el pronóstico, Fernando Valenzuela tiene un favorito para el clásico de otoño de 1986: “La Liga Nacional”. El, uno de los cuatro lanzadores que consiguieron 20 (el número mágico) o más victorias en las Grandes Ligas, observará los juegos en casa, como Mike Scott y Teodoro Higuera. Sólo Roger Clemens jugará la Serie Mundial que simplemente es la Serie Mundial.

(+) Proceso, número 520, del 18 de octubre de 1986.



Luto con moño en el número 34 en el estadio de los Tigres, en Camcún, equipo del que Valenzuela era socio.

tración en el juego, en el bateador en turno, en los hombres en base. Y está solo en el centro de la atención. Cuando las cosas no van bien, los entrenadores o los compañeros suben al montículo a platicar. Fernando niega —“por lo menos en lo personal”— las consejos que aseguran que ahí se bromea para bajar la tensión.

“Ahí se habla en serio. Se trata de no perder la concentración. El coach o los compañeros te dicen dónde está la falla, de la que uno a veces no se da cuenta, te preguntan si estás cansado. A veces lo único que está mal es que uno se apura mucho entre lanzamiento y lanzamiento y sólo es necesario un respiro, un poco más de tiempo. Cuando entra el manager es porque realmente va a sacarte”. En ligas mayores, dos visitas del manager al montículo significan automáticamente la salida del pitcher.

En la presión de la Serie Mundial el público es parte importante. Para Valenzuela no existe duda al respecto. Recuerda que el año pasado, cuando los Dodgers perdieron el playoff de la Liga Nacional ante los Cardenales de San Luis, el público de esta ciudad “estuvo ayudando mucho. El público hace que cada jugador dé un poquito de extra. Por eso es importante”.

Sin embargo, Fernando dice que por lo menos él no escucha los gritos del público en lo individual. “Es un solo ruido y yo trato de concentrarme en el juego y olvidarme de lo que está a mi alrededor”. Y nadie podrá olvidar

aquella escena de 1981, el año de la “fernandomanía”, cuando una rubia aficionada ataviada con el número 34 logró llegar hasta la loma para besar a Valenzuela.

¿Qué es más importante en el beisbol: el pitcheo o el bateo? Valenzuela no duda ni tantito: “Todos sabemos que la victoria o la derrota se acredita al lanzador. Creo que entre el 75 y 80% es responsabilidad del lanzador. También es el centro de tensión y atención del juego. Pero el equipo es lo importante, porque uno puede lanzar muy bien y si el equipo no anota, no se gana; o al contrario: el equipo puede anotar mucho, pero si el lanzador está mal tampoco se gana. El conjunto es lo importante. Cada quien trata de hacer lo suyo y bien”.

Para ello, Valenzuela afirma que nunca ha recibido un reproche de sus compañeros en día de malas actuaciones; como tampoco lo ha hecho cuando no ha recibido el respaldo. “Uno sabe que si alguien juega mal no es porque así lo quiera; ellos saben que si estoy mal no es porque quiera hacerlo así”.

De la Serie Mundial entre Mets de Nueva York y Medias Rojas de Boston, Valenzuela pronostica que será “muy cerrada. Será una serie de picheo. Tú recuerdas que en la serie con los Astros, salvo dos, todos los juegos fueron apretados, cerrados. Va a ser muy importante el pitcheo de los Mets para salir adelante”.

Además, dice, Nueva York tiene buenos bateadores, “por algo ganaron 106 juegos”. Considera



Estatua en Zapopan, Jalisco.

Foto: Elizabeth Ruiz - Cuartoscuro

Foto: Cuartoscuro

Foto: Fernando Carranza García

Por Mariana Leñero

Ahora que los Dodgers ganaron la Serie Mundial de Béisbol 2024, no puedo evitar pensar en mi padre y su amor por este deporte. Lamentablemente ninguna de sus hijas heredamos esa pasión. Cuando éramos pequeñas, intentó meternos en ese mundo lanzándonos todo tipo de "pichadas". No es que soñara con vernos jugar en algún campo; por supuesto que no tenía tan absurda ambición. Su sueño era más sencillo: que algún día pudiéramos hablar del tema o disfrutar de algunos juegos juntos, aunque fuera desde la televisión, especialmente en octubre, el mes en que se celebra la Serie Mundial.

Siempre quiso conectar un buen *hit* en nuestras charlas, como si tuviera bases llenas y estuviera listo para un *jonrón*, o como si esperara que llegara el *cuarto bat* y la conversación continuara. En la cotidianidad, como un *slider*, metía el tema del béisbol, como quien no quiere la cosa; nos lanzaba rectas llenas de entusiasmo, esperando una respuesta rápida; intentaba con curvas, agregando alguna anécdota para sorprendernos; o se arriesgaba con un cambio de velocidad, bajando el tono para ver si así le poníamos atención. Pero pobre, la mayoría de sus lanzamientos terminaban en "base por bola", y desanimado se rendía ante nuestra indiferencia.

Para él fue distinto. Mi abuelo Vicente le transmitió su pasión por el béisbol, igual que por el ajedrez, el dominó y la literatura. Pienso que mi papá, como yo ahora, buscaba excusas para encontrar, como un "jonrón lanzado al cielo," el hilo que lo conectara con su padre a través de las pasiones que compartían. Con sus hermanos Armando y Luis y su primo Héctor, formaron un equipo que llamaron los Leones del Pedregal. Con sus ahorros compraban bats, guantes, cascos y todo lo necesario para armar sus juegos.

Y ahora que mi padre ya no está, la Serie Mundial de este año cobra una importancia especial para mí. Como buen amante de los Dodgers, era enemigo de los Yankees, y hoy después de 41 años, estos dos equipos vuelven a enfrentarse. Estoy segura de que estaría aquí disfrutando de cada uno de los partidos y se quedaría hasta el final, para conocer los resultados.

Recuerdo muy bien el cariño que mi padre sentía por Fernando Valenzuela. Para él, Valenzuela era como el "Benito Juárez" del béisbol. Como muchos otros en los años 80, mi padre se contagió sin resistencia de la "Fernandomanía" que reinaba en esos tiempos. Estoy segura de que su afición por él se debía, en gran parte, a que Valenzuela tuvo que enfrentarse a un montón de estereotipos cuando llegó a jugar con los Dodgers. Nacido en Sonora, venía de una familia humilde y hablaba principalmente el dialecto yaqui y español, que casi nadie entendía. Sin embargo, Valenzuela se convirtió rápidamente en un símbolo de orgullo, no solo para los Dodgers, sino para toda nuestra comunidad latina.

Un jonrón hasta el cielo: Vicente Leñero y el béisbol



Vicente Leñero en el Dodger Stadium de Los Angeles.



Leñero bateando en el Parque del Seguro Social, Narvarte.

¿Cómo olvidar su emoción cuando lo veía "pitchar"? "¡Ese Valenzuela es una chingonería!", "¡Este es el Toro, señores!", "¡Qué bárbaro, la pura maestría!". Seguro que en ese entonces yo lo miraba con el escepticismo propio de una escuincla de 12 años. Pero ahora, el simple recuerdo de esas palabras me produce una profunda nostalgia.

No sé cómo llegó a sus manos, pero tenía una pelota firmada por él, con garabatos en tinta azul que se escurrían por la tersa y suave piel de aquel preciado tesoro. La colocó en una urna de vidrio que, según yo, estaba sellada, como si fuera una reliquia. Ricardo me contó que, apenas casados, una vez le preguntó por qué la tenía cubierta. Muy serio y mirándolo con aire inquisitivo, le respondió que solo la abriría "en caso de nieto", metiéndole un tremendo "out" que lo dejó callado el resto del día.

Fotos: Juan Miranda

Fotos: Archivo familia Leñero



Los hermanos Luis y Vicente Leñero.

Todavía tengo grabada la vez que le llamé llorando porque tenía que mudarme otra vez de Miami a Los Ángeles. La compañía donde trabajaba Ricardo, Mattel, lo transfería a la casa matriz. Ahí estaba yo, pegada al teléfono, con los mocos y las lágrimas escurriéndome por todos lados. Esperaba su voz comprensiva, pero en lugar de consolarme, lo que escuché decir fue: “¡Pero qué maravilla, Mayita! Te vas a Los Ángeles, la casa de los Dodgers. ¡Vas a poder ir al estadio! Y hasta podrías encontrar algún equipo para que Sofí aprenda beis...”. Y ahí estaba yo, sin tiempo de respirar, tragarme los mocos o reclamarle. Él seguía emocionado: “¡Estela, que Mariana y las niñas se van para Los Ángeles!”. —Pero papá...—, pero ya no oía. “Mija, ahí jugaba el Toro Valenzuela, y Lasorda...”, creyendo que yo sabría que hablaba del manager de los Dodgers. Un poquito de hipocresía de su parte no me habría caído mal para aliviar mi tristeza.

Y como era de esperarse, una de las primeras visitas que recibimos al llegar a Los Ángeles fue la de mis padres. Pero Ricardo y yo teníamos, además, una sorpresa para él: nuestro vecino Arnold nos consiguió un permiso para visitar el estadio en un día que no estaba abierto al público y solo asistían invitados especiales.

La noticia lo enmudeció. La ternura que nos generaba a Ricardo y a mí ver a mi padre tan contento era casi como la que sentíamos al ver a nuestras hijas emocionarse con los regalos de Santa Claus. Mi madre, como siempre, compartía con él su entusiasmo. Disfrutamos la visita de principio a fin. Él miraba por aquí y por allá, con una curiosidad y una felicidad envidiables. Una de las cosas que más extraño de él es esa forma que tenía de observar lugares, personas y objetos, como si ya fueran parte de una historia, de un artículo o de una novela por escribir.

No sé si fue la suerte o esas casualidades de la vida que parecen milagros, ese día, mientras caminábamos por los pasillos, deteniéndonos en cada póster que veíamos, apareció Tommy Lasorda. Sin poder disimular su sonrisa, mi padre se apresuró hacia él, y Lasorda, con su figura robusta, le tendió la mano. Con su inglés escaso pero decidido, mi padre le soltó un “Hello, nice to meet you.” Lasorda, acostumbrado, le contestó: “¿No hablas inglés? ¡No problema! Amore por Fernando... y



El niño Vicente, al bat.

“Recuerdo muy bien el cariño que mi padre sentía por Fernando Valenzuela. Para él, Valenzuela era como el ‘Benito Juárez’ del béisbol. Como muchos otros en los años 80, mi padre se contagió sin resistencia de la ‘Fernandomanía’ que reinaba en esos tiempos”.

por los Dodgers... se entiende en cualquier idioma, capisce?” Se dio la vuelta, dejándonos a todos con una hermosa, o quizá hasta un poco absurda, sonrisa de asombro. Aunque Lasorda se había retirado como manager en 1996, seguía trabajando para los Dodgers hasta su fallecimiento en 2021.

Y, como un motivo más lindo para recordar, Arnold lo llevó al diamante, donde mi papá pudo subirse al montículo de lanzador. Lamentablemente, no pudimos tomarle una foto, pero quedó grabado en nuestra memoria.

Antes de terminar el paseo, mi madre insistió en pasar por la tienda. Ahí, mi papá se compró una gorra nueva de los Dodgers que usó durante años y que, hasta la fecha, conservamos. También se llevó los típicos recuerdos

de fanático y turista: un llavero, unas medias y hasta una bata para salir del baño, pesada casi tanto como el propio Valenzuela y brillante como la sonrisa de mi padre durante todo el recorrido.

Ya en el carro, después de agradecernos una y otra vez, no faltó su último comentario, que dejaba ver a ese periodista de corazón más allá del niño ilusionado: “Cabrones los Dodgers, que traicionaron a Valenzuela. Ni tiempo le dieron para recuperarse de sus lesiones, y lo ‘liberaron’ de su contrato.” Todos nos quedamos en silencio. Ese mismo año, sin embargo, Valenzuela se “reconcilió” con el equipo al unirse como comentarista de radio en español. Pero para mi padre eso no le convenció porque afirmaba que eso no era suficiente. Lamentablemente, no llegó a saber que en 2023 los Dodgers retiraron el número 34 de Valenzuela como símbolo de respeto y reconocimiento a su legado.

Después de esa experiencia, mi padre volvió a visitarnos, y tuvimos la suerte de que nos transmitiera su pasión por el béisbol a través de sus explicaciones durante los juegos. Nunca olvidaré cómo saboreaba cada palabra y se emocionaba con cualquier resultado.

Ahora que me he dedicado a preguntar a amigos y familiares sobre la relación de mi padre con el béisbol, me doy cuenta de que, aunque nosotras, sus hijas, no compartimos la misma pasión por el juego, él tuvo la fortuna de tener amigos y colegas con quienes podía disfrutarlo plenamente. Con Gerardo de la Torre, por ejemplo, mi padre compartía el amor por el béisbol no solo como deporte, sino también como tema literario.

Esa pasión compartida los llevó a crear *Pisa y corre. Béisbol por escrito*. Una antología de relatos de autores latinoamericanos inspirados en el béisbol. Mi padre escribió el prólogo y contribuyó con dos cuentos: “Aut en tercera” y “El filder del destino”.

No es hasta ahora que descubro la existencia de este libro, y estos días me dediqué a leer algunos de los relatos. En sus cuentos pude reencontrarme con ese toque de ironía y humor tan característico de mi padre. Al leerlos, me di cuenta de la profundidad de sus

pensamientos reflejada en la forma en que describía los sentimientos de los jugadores. Por ejemplo, en *Aut en tercera*, el pobre jugador intenta llegar a tercera base, peleando con el ampáyer y el coach. El típico “out” en tercera, que hace sufrir a cualquier fanático, aquí representa la derrota personal y el enfrentamiento del personaje con sus propias limitaciones.

Mientras escribía esto, también me enteré de que Julio Scherer, en su *Tercera memoria*, relata cómo mi papá intentó adquirir el cuadro *El filder del destino*, de Abel Quezada, por la conexión que sentía con su tema y su simbolismo. Scherer cuenta que mi padre prometía reunir el dinero para comprarlo, pero Quezada finalmente lo vendió a otra persona, dejando a mi papá “ponchado”.

También mi cuñado Víctor me recordó aquellos juegos en los que participaba mi papá, organizados entre autores, actores, otros amigos y “colados”. En 2001, junto con mi cuñado Jesús, lograron formar un equipo en la Liga Maya, jugando todos los lunes a las 8 de la noche y terminando, muchas veces, no antes de las 2 de la mañana. Ricardo y yo participamos algunas veces en la primera parte; recuerdo que llevábamos a Regina, todavía pequeña, a vernos jugar. Eugenia, por su parte, jugaba junto a mi papá como su corredora: él bateaba y ella corría.

Todos acababan destrozados de piernas, espalda y hombros. Recuerdo bien estar ahí, muertos de frío y riéndonos sin parar, sobre todo cuando, si te fijabas bien, los jugadores, en medio partido, sacaban su “anforita” de tequila o se echaban sus cigarrillos sin pena alguna.

Seguramente hay muchas historias más que me faltan por conocer, pero por ahora, en honor a estos días tan emocionantes de la Serie Mundial, me atreví a lanzar un jonrón hasta el cielo para recordarlo. Me gusta imaginarlo allá arriba, en un estadio tan bonito como el de los Dodgers, tomando posición en el montículo como lanzador, listo para su jugada, ahora con Valenzuela como observador y fan. Todo estaría en calma, disfrutando lo que hoy llama vida, colándose en nuestro recuerdo para hacerse presente, como si nunca se hubiera ido.



En el Dodger Stadium- Ricardo Solar, Estela Franco, Mariana y Vicente Leñero.



Cinvestav

EXCELENCIA EN INVESTIGACIÓN Y POSGRADO*

1,2,3 CORRE POR TU VIDA

¿Cómo se origina?

1.- TÁLAMO

Desencadena los cambios fisiológicos para encender la alerta.

2.- AMÍGDALA

Percibe un estímulo y lo interpreta como dañino.

3.- HIPOTÁLAMO

Recibe la información percibida por los sentidos.

4.- CORTEZA PREFRONTAL

Procesa el contexto para interpretar lo percibido y decidir si la amenaza es real o no.

¿Qué sucede en tu cuerpo?

Sudoración en las manos

Pupilas dilatadas

Respiración acelerada

Aumento en el ritmo cardíaco y la presión sanguínea

¿Cómo se expande en tu cerebro?

1) **Noradrenalina:** manda proyecciones a todo el cerebro y activa las reacciones fisiológicas.

2) **Serotonina:** induce las conductas de temor similares a la ansiedad.

3) **GABA:** reduce la intensidad de las respuestas fisiológicas.

TIPOS DE MIEDO:

Aprendidos: Depende de las experiencias a las que se ha enfrentado una persona.

Reales: Están asociados a una amenaza tangible, cuyos resultados son perceptibles.

Entérate de lo más novedoso de la ciencia en México, síguenos en Conexión Cinvestav.



@ConexionCinvestav
conexioncinvestav
Conexion Cinvestav



www.cinvestav.mx

Entre altares



Foto: Francisco Ortiz Pardo

Una ofrenda en Tláhuac.

Por Oswaldo Barrera Franco

El camino de tierra está adornado con flores de cempasúchil y terciopelo desde la entrada del predio hasta el fondo del cuarto común donde se guardan los enseres de cocina y algunas mazorcas aún por desgranar. Es la habitación mayor de aquella casa en la que ya se tienen listos los tamales elaborados con el maíz que se cosechó hacía apenas unas semanas. Al centro, en la pared del fondo y como remate justo frente a la entrada, luce con magnificencia aquel conjunto de flores, calabazas, velas, copal, múltiples platos con comida y demás agasajos para los muertos y vivos que en esos días volverán a encontrarse.

Es la víspera de la reunión anual entre las almas de los adultos fallecidos y aquellos que los esperan con ansias. Las almas de los difuntos pequeños, aquellos niños que a veces ni siquiera habían llegado a este mundo antes de abandonarlo, fueron recibidas ese mismo día y de eso era testigo alguna prenda diminuta que no había alcanzado a cubrir su frágil cuerpo ante su partida prematura.

Las veladoras prendidas, guías para las almas por arribar, son la señal inequívoca de aquellas pérdidas, algunas recientes y súbitas, cuyo recuerdo se hace más fuerte en esos días. Cada año, aquel altar puede tener una veladora más o un plato extra, con un tamal listo o un pan ya fuera dulce o salado para saciar el hambre de difuntos y familiares. Los adornos de flores se multiplican, acompañados por los retratos de los muertos más recientes. Hay también una botella de la bebida favorita de alguno de los difuntos, quien quizá falleció ahogado en el arroyo con las crecidas del último verano, cuando se dejó llevar por la última borrachera.

“Cada año, aquel altar puede tener una veladora más o un plato extra, con un tamal listo o un pan ya fuera dulce o salado para saciar el hambre de difuntos y familiares”.

Aquel altar es tan solemne como plebiscitario, en una de las casas mejor conservadas del pueblo, de una familia de comerciantes, dueños de una de las tres tiendas en las que siempre venden lo que haga falta. También tienen sus terrenos para la milpa, a los que no suele faltarles agua, a pesar de que en el pueblo son pocos los que tienen ese privilegio. La cosecha ha sido buena, ya que se recolectó antes de las heladas que ahora se adelantaron. La familia se ve orgullosa frente al altar, del que comparte con vecinos y visitantes los panes y tamales que han sobrado.

En otra parte del pueblo, en una modesta casa que apenas destaca entre la hierba y el pienso a su alrededor, el humo sale por los huecos de una improvisada puerta. Al entrar en aquel único espacio, donde la luz que se filtra por las paredes y el techo alumbraba un sucio piso de tierra en el que dos bancos y un petate son el único mobiliario, de inmediato se advierte el contraste con el altar anterior. Apenas una veladora con unos cuantos tamales a un lado se aprecia en un rincón. A diferencia de los tamales en la otra casa, preparados con carne y salsa, éstos son de manteca como único relleno y de

un tamaño apenas de la mitad que los otros. Hubo que pedir prestado el maíz necesario para elaborarlos, ya que la cosecha se pudrió con las lluvias que ese año llegaron tarde.

La única habitante de aquella endeble casa está sola. El marido hace mucho que se marchó, dejándola con ese jacal como única pertenencia. Ella no espera más visitas que las de sus muertos, mientras contempla abstraída una olla de latón en la que puso a hervir agua para un café. No hay más familia que la acompañe, al menos no en vida. Se pregunta si con una sola veladora alcanzara para guiar a las almas que espera. También tiene la duda de quién le pondrá un altar cuando ella ya no esté, quién dejará unas flores en su tumba anónima cuando sus huesos yacen ahí.

Los tamales de manteca apenas están envueltos por una sola hoja de maíz. No hay flores de cempasúchil ni de terciopelo a la entrada o junto a la veladora. Tampoco hay retratos ni platos, ni pan dulce o salado. Lo que sí hay es la vaga esperanza de que, al menos ese día, las almas de sus familiares que deambulen por ahí encuentren en la luz de esa única veladora el camino a su casa, para que ella no esté sola del todo, hasta que algún día pueda irse con ellos.

En el pueblo, los altares están completos, la comida ha sido preparada con esmero y los caminos cubiertos de cempasúchil y terciopelo están listos para recibir tanto a las almas de los difuntos como a quienes se reúnan para recibirlos y obsequiarlos, una vez más, como cuando sus familiares lo hacían en vida, con lo poco o mucho que hayan podido reunir. Es una ocasión al mismo tiempo alegre y melancólica, una que, como desde hace generaciones, se repite año con año, con invitados y participantes nuevos o recurrentes. La espera termina el 2 de noviembre. Al día siguiente, con el hambre del encuentro saciada, comienza otra, hasta el próximo año.

Por mi parte, esta ocasión es la primera en que el sencillo altar en la casa tiene una dedicación especial a mi padre, quien falleció hace menos de un año. Es la primera vez que coloco en un altar la foto de alguien tan cercano a mí y cuya ausencia es un recordatorio constante de la fragilidad y el valor de los vínculos que creamos en nuestro deambular por la vida. Desafortunadamente, no tengo tamales ni el mole que a mi padre tanto le gustaba para ofrecérselos en esta ocasión, sólo el recuerdo de su gentileza y ejemplo hasta el último de sus días. Bienvenido, papá.



Foto: Juan Pablo Zamora / Cuartoscuro

Una bicicleta colgada en un balcón de la colonia Juárez.

Por Melissa García Meraz

Esa tarde, a Matilde le dio por recordar aquellas tardes en la colonia Juárez de los años 50. En esos días, ella era apenas una niña de 12 años, y las calles vibraban con el sonido de las bicicletas, las risas de los niños y las conversaciones entre vecinos. Había parques llenos de flores y niños. Cada rincón estaba lleno de historias, heladerías abiertas para todos y una profunda sensación de pertenencia. La colonia, la comunidad o, como se decía comúnmente, el barrio, era un reflejo de cada una de las personas que lo habitaban.

Desde su departamento, ahora mucho más reducido en comparación con el que habitó en su niñez, Matilde se asoma por la ventana, tratando de encontrar algo que la haga recordar aquellos años. Aquellos carros de helados, el sonido de los vehículos que anunciaban el circo, e incluso la voz del señor que, con esperanza de vender algún diario dominical, anunciaba las últimas noticias a través de su megáfono.

Pero eso no sucede. Lo que enfrenta es el silencio. Algunos autos pasan por

la calle; es bueno que sean solo unos cuantos, reflexiona, porque por la mañana el ruido de los coches es ensordecedor, no solo por los motores, sino también por quienes tocan el claxon para intentar avanzar. En un intento inútil y desesperado por avanzar.

“¡Cómo ha cambiado la ciudad!”, se pregunta: “¿Qué ha pasado, que ahora solo tiene dos posibilidades el ruido ensordecedor de los ruidos de los autos o el silencio?” Los niños ya no juegan, los peatones han desaparecido, los pequeños comercios dieron paso a los Oxxo, y la música, que antes llenaba las esquinas, los grupos de señores y señoras contando los últimos rumores y noticias, ya no están. Esta homogeneización del comercio, controlado por un solo capital, ha acabado también con los pequeños negocios y comerciantes, reduciendo la diversidad cultural y social. Ahora, cada uno se encierra en su departamento, los más jóvenes en sus alcobas, en sus oficinas catalogados ya como recintos sagrados para el trabajo, libres del bullicio del barrio, sin darse cuenta de que este ha dejado poco a poco de existir. Algunos incluso limitando la convivencia con sus fami-

Resistencia en ruedas

lias al mínimo, al grupo de WhatsApp, disfrutando de la música en sus audífonos y dejando atrás las fiestas colectivas.

Hoy, esta ciudad de Matilde, como muchas otras, enfrenta nuevos retos y se plantea una pregunta: ¿cómo conservar esos espacios y relaciones, garantizando a la vez vivienda, movilidad y derechos para todos? La vida citadina, cada vez más ajetreada, nos ha llevado a no disfrutar de la ciudad. Esos grandes proyectos urbanísticos que prometían ser el centro de la vida y el alma colectiva de los pueblos han cedido su paso al silencio, al comercio homogéneo y a la pérdida de espacios para el peatón, el grupo de juegos y el sonido de la comunidad en general. La memoria colectiva caracterizada por ser esa forma de festejo comunitario que implicaba la vida misma en los espacios públicos se ha ido apagando. Habermas, en un hermoso relato acerca de la esfera pública, afirmaba que las primeras reuniones fuera de los palacios, de las cortes de los reyes, surgieron en cafés, restaurantes y tabernas, donde las personas se reunían a conversar, a comentar y a crear, incluso, a la que hoy conocemos como la opinión pública. Esas oportunidades de compartir el café en las calles crearon una comunidad de intercambio y participación democrática que dio como resultado la esfera pública y, con ella, la posibilidad de interactuar socialmente con un objetivo común: empoderarse a partir del intercambio de información.

En nuestro pasado, esto no fue diferente. Las grandes plazas, como las de Tenochtitlán y otros centros urbanos, eran espacios de comercio, de intercambio de bienes y de ideas. Teotihuacan, con sus vestigios arqueológicos, es aún testimonio de patios comunes en las zonas habitacionales, donde el intercambio ideológico y religioso era fundamental para la interacción social. Donde la vida salía de las habitaciones para interactuar y crear comunidad, un sentido de pertenencia que llevaba a crear un alma colectiva y una historia común.

Matilde tiene una nieta. Ella es aún joven, pero en sus pláticas con su abuela ha aprendido a defender su ciudad. Va al café de la esquina y tiene un grupo de amigas con quienes patina en un parque cercano. Cada día se enfrenta a la pérdida de espacio por una vida virtual y de consumo rápido. Tina,

como Matilde la llama cariñosamente, recuerda las historias de su abuela. Al igual que ella, toma la bici para pasear con sus amigas, para ir al parque, para ir a la Universidad. Cada vez que cruza el mismo parque donde paseaba su abuela, siente que asume ese espacio como propio, como parte de una historia familiar y sus propias raíces.

También sabe que las bicicletas fueron sustituidas por automóviles, no solo como un acto de consumo sino por un cambio ideológico que ubicó a la bicicleta como algo de bajo costo y el automóvil como símbolo de poder adquisitivo. Así es como se estigmatizó su uso y se prefirió el consumo del auto para la clase media mientras la clase baja se quedaba con sus bicicletas. Así como se estigmatizó el beber pulque y otras tantas cosas que eran parte de nuestra historia común. Pero resiste: toma su bicicleta rosa cada mañana y sale a recorrer las calles, pensando en su “derecho a la ciudad”, en retomar los espacios y transitar por donde le han dicho que no debería o que debería temer. Va con sus amigas al parque y realizan recorridos sabatinos. A veces, lleva su bocina, para que la ciudad escuche lo que ha perdido: su música, su canto. Su paso matinal por las calles es un símbolo de resistencia contra la homogeneización.

“Los niños ya no juegan, los peatones han desaparecido, los pequeños comercios dieron paso a los Oxxo, y la música, que antes llenaba las esquinas, los grupos de señores y señoras contando los últimos rumores y noticias, ya no están”.

Mientras recorre la ciudad con su bicicleta, Tina no solo lucha por su espacio en la ciudad; lucha también por la memoria de su abuela, por el eco de una vida compartida en cada esquina y cada parque. Al pedalear, parece invitar a la ciudad a recordar lo que una vez fue y lo que aún podría ser. Porque al final, la ciudad no es solo calles y edificios, sino el latido de quienes, día a día, la sueñan más justa y humana.

Por Alejandra Ojeda

Desde que Víctor apareció en la mente de mi madre, ya no se lo pudo quitar jamás. Un día me preguntó que a qué se dedicaba y yo le dije que era electricista, pero que todo lo que tenía que ver con la fontanería, el bricolaje, los desatascos y cualquier cosa de la casa se le daba fenomenal. Los días siguientes me la encontré rebuscando por las paredes del salón a ver si encontraba una grieta, probando todos los interruptores, revisando bombillos, palpando cristales... y yo le decía "chacha si te hace falta de rompo un cablecito". Jijiji, se reía ella subiendo y bajando su nariz de ratoncillo.

Yo se lo contaba todo a Alejandra y ella a su padre, claro está. También el angelito de Víctor tenía la cabeza repleta de halagos y monerías de la buena de Elsa. Así que rapidito rapidito cogió el coche cuando mi madre le escribió que estaba desesperada ¡necesitaba un electricista urgente! ¡La luz del interior de la nevera estaba parpadeando!

Jamás en la vida había venido un trabajador a arreglar las luces de mi casa tan elegante como Víctor estaba aquel día. Nada más abrir la puerta una ráfaga de viento impregnó las paredes con un olor a hombre, macho fuerte, trabajador cualificado. Su camisa era la más blanca que había en el mercado y los pantalones vaqueros parecía que habían sido cosidos a medida, ni una arruga ocultaba esas piernas delgadas que algún dios esculpió cuando lo trajeron al mundo.

Esa tarde no pudieron hablar mucho, mi madre tenía miedo de que si abría la boca vomitaría todo su corazón y si lo miraba demasiado sus ojos se le saldrían de las órbitas y caerían al suelo, rodando para recorrer el cuerpo de su deseado amante y poder observarlo bien cerca. Hubo un momento en el que ambos se juntaron demasiado, él le preguntaba cosas de electricista desde detrás de la nevera y cuando ella se acercó tuvo que salir corriendo porque aquel perfume se le estaba metiendo dentro de la piel y no sabía por cuánto tiempo podría controlarlo.

Después de aquello, pasaron unos cuantos meses hasta que pudieron volver a encontrarse. Mi madre, mi hermano y yo nos habíamos ido de vacaciones a El Hierro y yo no paraba de hablarle de lo maravilloso que era el ángel de Víctor. Para Alejandra y para mí era como jugar a las casitas: "jijiji nuestros padres van a ser novios", hacíamos trucos y les decíamos mentirijillas piadosas para acelerar un proceso que lucía a todas luces inminente.

Electricista de amor



Un día estábamos comiéndonos un helado y Alejandra me llamó. Me dijo que si queríamos podíamos pasar los últimos días de vacaciones con ellos. Yo miré a mi madre y ella empezó a mordisquear el helado a una velocidad que yo no había visto nunca. Me miraba de reojo y en su cara salieron manchas rojas como las de los dálmatas. Hacía tiempo que no veía ese nerviosismo en ella, era una niña, un cachorrillo con su nuevo juguete.

Para cuando llegamos a La Graciosa juraría que ellos dos ya se querían. Sentadas en la orilla del mar miramos a Víctor jugar con sus sobrinas, les estaba enseñando como hacer volar una cometa. Corre para aquí y corre para allá, nosotras pensamos que cómo era posible que un hombre fuera capaz de querer de esa manera.

Ahora sé que él también se quedó paralizado delante de mi madre. Hace poco me contó que aquel día se puso gafas de sol para poder mirarla sin que ella se diera cuenta. Está claro que en ese momento algo hizo clic entre

ambos, porque por la noche se quedaron hablando hasta las 4 de la mañana. Mi madre nunca me ha contado qué es lo que se dijeron, pero yo los vi a través de la ventana y podría jurar que aquella mota de polvo en la que ella se había convertido tras el divorcio estaba creciendo. Su pecho parecía volver a moverse, subía y bajaba a un ritmo acompasado, como respirando.

“Mi madre le dijo ‘ponte aquí’, lo agarró por la cintura, lo colocó cerquita suya y le volvió a decir: ‘ahora te toca a ti’”.

Semanas después decidieron, por fin, quedar a solas. Mi madre eligió el sitio más escondido de la isla, un bar de surfers que está justo antes de entrar en las montañas de mi pueblo. Según me

contó, no se atrevieron a darse el primer beso hasta el último momento. Era ya de noche y estaban hablando muy cerquita uno del otro, apoyados en el coche de mi madre. Ya sabían que se gustaban pero había algo que les hacía imposible el acercarse. Cuando se decidían su cuerpo no se movía y cuando el cuerpo podía la cabeza no se decidía.

Hasta que mi madre le dijo “ponte aquí”, lo agarró por la cintura, lo colocó cerquita suya y le volvió a decir “ahora te toca a ti”. Al momento de besarse una energía de color azul les recorrió el cuerpo, los abrazó y elevó por el cielo. Juntos volaban por encima de la ciudad y ni siquiera se estaban dando cuenta. Todos los vimos. Se besuqueaban arriba de nuestras cabezas y la energía azul los envolvía como si estuviera deseosa de que aquello no parara nunca. Ahora han vuelto a la vida normal pero estoy segura de que algo de ellos se ha quedado allá arriba. Aquello los mira, los cuida y si algo malo les pasa está preparado para volver a mostrar al mundo cuál es el amor más verdadero que ha creado.

Por Luis Mac Gregor Arroyo

“Rayos!”, me dije, 56 días después de que Claudia y yo nos mandáramos a volar por no escribirnos en WhatsApp, donde tras una semana de no comunicarnos, nos dimos de baja. Esa ha sido la muestra más asombrosa de un rechazo mutuo cuando realmente había una amistad y hasta complicidad disfrutable. Tal vez debí insistir más; pero estaba cansado de sólo verla una vez cada 15 días –o menos– y de que en los mensajes casi casi sólo me decía: “¡Hola! Tengo mucha chamba”. Como diciendo ‘soy persona ocupada, lo siento’, pues yo acabé también por sentirlo y tras una semana de cero mensajes ella me bloqueó y yo a ella. Yo era libre, otra vez, de buscar algo nuevo y eso nuevo llegó, pero a más 600 kilómetros de distancia.

Hay quienes dicen que el amor a distancia es una tontería. Yo también pienso lo mismo. El hecho es que ahora uno puede entablar conversación e interés permanente con alguien gracias a los teléfonos móviles y sus aplicaciones. Así ocurre con Bety, una guapa jalisciense que contacté tras ver sus afortunadas fotos en internet.

También hay quienes dicen que el hacer citas por internet no se les da. Tal vez simplemente lo sienten demasiado artificial. Podría ser, pero el hecho es que con un poco de empeño el asunto funciona. Claro, hay que ser sensato y buscar establecer la plática con alguien cercano. Bueno, esa era mi intención, hasta que Bety llegó.

Resulta que ella dio el primer paso: le agradaron mis fotos y le dio *like* a mi perfil y al ver sus fotos no pude más que ceder; la carne es débil y la soledad todavía es más cabrona, así que llegamos a entablar una plática de dos que se prolongó por un par de meses. ¿Qué podría querer una mujer con buen cuerpo, inteligente y con dinero con un individuo en un lugar tan lejano y que tal vez cubre todos los requerimientos salvo no ser tan pudiente como ella?

Nada, que simplemente le llegó la maldición de los pueblos o como dicen por ahí “pueblo chico infierno grande”. ¡Vaya que lo sé! Yo viví en un pueblo como siete años y si tienes dos amoríos te puedes considerar suertudo, porque no hay demasiadas personas para conocer y luego los rumores se corren como la plaga, lo que ocasiona que no seas bien visto si andas de novia en novia. El hecho es que llega un momento en que no hay nadie nuevo a quién conocer. Sí, vivir en un pueblo es la delicia, pero te debes de acostumar a ver a la misma gente todo el tiempo y saber que encontrar a alguien nuevo es algo raro.



Foto: Bianca / Pexels

Sayulita

Así estaba Bety, pero me atrapó con su belleza y yo seguí respondiendo sus mensajes, así como ella los míos.

A los dos meses de conocernos tenía que tomar la iniciativa o corría el riesgo de perderla. Así, hice de tripas corazón, compré los boletos de avión y 15 días más tarde volé a Puerto Vallarta para tomar el camión que tarda una hora en llegar al paradisíaco pueblo. Una vez ahí es más común encontrarte turistas del primer mundo que mexicanos. Es tal la cantidad de visitantes y de inmuebles que se están desarrollando, que dentro de poco se convertirá en una ciudad pequeña. Como sea, al haber mucho turista de primer mundo, los costos son exorbitantes. No había un lugar de comida corrida donde comer por unos \$100.00, el menú más económico costaba unos \$250.00 y si uno va en plan de ahorro pues se las ve feas. Por suerte llevaba dinero.

Bety es una mujer entrona para ir a todo tipo de lugares, pero, como toda mujer de clase alta, requiere que en ocasiones se le lleve a algún lugar de

“A los dos meses de conocernos tenía que tomar la iniciativa o corría el riesgo de perderla. Así, hice de tripas corazón, compré los boletos de avión y 15 días más tarde volé a Puerto Vallarta para tomar el camión que tarda una hora en llegar al paradisíaco pueblo”.

primera. Estaba preparado. En mi visita la llevé a cenar a un restaurante italiano, donde comimos un excelente spaghetti y una deliciosa pizza.

Tras ese preámbulo las cosas resultaron más sencillas y al día siguiente me quedé a dormir en su casa con la obvia consecuencia de que intimamos. Así, todo feliz y soñando en que ya éramos

uno, le cociné un pollo al mole, el cual saboreé y ella me compartió unas costillas a la parrilla. El que le gustara lo que cociné y el que me encantara lo que preparara ella era otra señal de que íbamos por buen camino.

Fue entonces en un desayuno durante los días que estuve en Sayulita, cuando le pregunté si es que andábamos. Su reacción fue la de toda gringa contemporánea:

—No, pues no, si estamos en *date*.

Sonó mi alarma mental, tal vez doy muchas cosas por hechas y sí. Lo sucedido con Claudia y con Bety era prueba de ello. Así me regresé a la CDMX teniendo una amiga con derechos hasta China. “Bueno”, puse mis barbas a remojar: “Si así está la cosa tal vez sea tiempo de tener paciencia buscar y seguir insistiendo”. Ahora ese *date* ha cultivado algunos frutos: ella vino para celebrar en la CDMX su cumpleaños conmigo. Creo que ahora tengo las cosas más claras: ella tiene miedo al compromiso. ¿Y qué es eso?

Libre en el Sur te lleva por tres caminos a la reactivación de tu negocio:



Elige uno... ¡O los tres!

Si tu negocio está en BJ, pregunta por los descuentos especiales que tenemos para ti.



El medio de tu comunidad.

Teléfono: 55-3952-1241

Correo electrónico:

libreenelsur@gmail.com

Twitter: @Libreenelsur



Servicios especializados Diseño Gráfico para ciencia y tecnología

Con más de 20 años en la industria editorial y trabajando para instituciones públicas y privadas relacionadas con la ciencia y la tecnología, ponemos a su disposición un equipo de diseñadores multimedia, así como redactores especializados en esta área.

- Revista Científica
- Infografías
- Multimedia para redes sociales
- Diseño de gacetas
- Banners y flyers

www.insitugraphics.com

553435-2193



Centro Quiropráctico
de la Columna Vertebral

**Liberate del
Dolor**

**¡Recupera Tu
Bienestar!**

CONSULTA QUIROPRÁCTICA
ESPECIALIZADA

BENEFICIOS QUE OFRECEMOS

- ✓ Tratamiento brindado por quiroprácticos certificados para el dolor de espalda, rodilla, cuello, articulaciones y ciática
- ✓ Mejora en tu postura y bienestar general
- ✓ Terapias no invasivas y sin medicamentos
- ✓ Atención a deportistas, embarazadas, adultos y niños.

¡No dejes que el dolor controle tu vida! Ven a visitarnos y siente la diferencia en cada ajuste.

visítanos en: Oriente 233 #14 Colonia Agrícola Oriental

Para mayor información comunícate al teléfono
(55) 55580389 o escanea el QR



H A R

RECUPERA TU CABELLO Y TU AUTOESTIMA

MICROINJERTO

\$44,000

CON HASTA 12 MSI

MÍNIMO 4000 FOLÍCULOS

INCLUYE CITAS DE SEGUIMIENTO Y KIT POST PROCEDIMIENTO

DESCUENTO ESPECIAL

POR PAGO EN EFECTIVO

METAMEDIC

Luz Saviñón 13-701,
Col. del Valle Nte,
Benito Juárez, 03100
Ciudad de México,
CDMX
+52 55 2922 5491

Como imaginando un país propio

Una conmemoración mundial curiosa y poco conocida es la del 22 de noviembre y que consiste en crear tu propio país. Aunque parece un simple juego en el que ya es ganancia la diversión, la idea también ha servido para una pedagogía con estudiantes y a la vez un motivo para proyectar planes para un mejor mundo en foros internacionales.

Por tal motivo, **Libre en el Sur** ha convocado a sus relatores a imaginar sin límites su propio país, más allá de la cantidad de palabras que impone la tiranía del espacio. Que este juego al que invitamos a nuestros lectores –muy en serio– en esta edición de nuestra revista, sea para que ellos también se animen a inventar su nación.

El Día de Crear tu Propio País, que así es el título oficial, tiene como objetivo fomentar la creatividad y el pensamiento crítico. Es el ejercicio de explorar el mundo a partir de la creación de otro. Involucra temas como gobierno y poder, leyes y normas, cultura y sociedad, recursos naturales y geografía, economía y relaciones internacionales.

La conmemoración tiene su origen en los ideales de renovación y futuro definidos en la Feria Mundial de Nueva York, en 1939, donde se buscó presentar al mundo nuevas tecnologías, formas de vida y visiones para un futuro mejor, e incluyó en su temática la posibilidad de crear nuevas naciones. A través de sus pabellones se reflexionaba sobre cómo el mundo podría ser diferente.

Llevado el juego a la realidad, en el mundo se han creado efectivamente nuevos países que no son reconocidos por los estados nacionales. Se le llaman micronaciones, de las que hay ¡alrededor de 400! en el mundo. Harry Hobbs, profesor de Derecho en la Universidad de Sidney define a las micronaciones como aquellas “naciones autodeclaradas que realizan e imitan actos de soberanía y adoptan muchos de los protocolos de las naciones, pero carecen de una base en el derecho nacional e internacional para su existencia, y no son reconocidas como naciones en foros nacionales o internacionales”. El medio electrónico *Infobae* consignó la diversidad de micronaciones, desde aquellas donde hay objetivos serios en favor de una mejor forma de vida hasta aquellas que francamente resultan chuscas:

El Reino Gay y Lésbico de las Islas del Mar de Coral, por caso, visibilizó una protesta política contra las leyes que discriminaban al colectivo LGBTQI en Australia. El Estado Independiente de Aramoana se formó para proteger al entorno de una región en la Isla Sur de Nueva Zelanda de una fundición de aluminio. La República Libre de Liberland parece un intento de crear realmente un nuevo país en una tierra que ningún estado reclama. Y después están los que son más bien “performativos”. La República de Molossia, El Principado de Wy en Sydney y el Reino de Lovely en Londres son intentos de divertirse un poco y, ¿por qué no?, ganar dinero con la atracción de turistas.

Relatos de Itzel García Muñoz, Ivonne Melgar, Francisco Ortiz Pardo, Leticia Robles de la Rosa y Patricia Vega.

Por Francisco Ortiz Pardo

Aquellos que vienen a San Francisco asegúrense de usar algunas flores en su cabello.

Para aquellos que vengan a San Francisco el verano será un amor allí dentro.

John Phillips

Ya nadie se acuerda de Janis Joplin. Frente a su casa, un edificio estilo victoriano, que hoy luce impecablemente pintado de rosa, nadie se para a tomar una foto. Hasta allí he llegado por la adivinación, en realidad. A pesar de que la mítica cantante aparece pintada en los muros de este emblemático barrio de Haight-Ashbury de San Francisco, donde predominan establecimientos *vintage*, cafés con reminiscencias setenteras y tiendas asombrosas de música, nadie acierta con la ubicación. Ni el anciano de terna sonrisa y ojos rasgados que atiende un negocio de artículos tibetanos ni la artista psicodélica de una galería. Tampoco los que emulan a la *rockstar* como en una *comuna* de banqueta, con sus cabelleras largas y despeinadas y tocando la guitarra. Intrigado por verme en un *Pedro Páramo* californiano le pregunto a la chica de veintitantos que me sirve un café expés en un establecimiento *mom and pop*, si ha escuchado hablar de ella. “No, creo que no”, dice sincera antes de sorprenderse con mi comentario de que se trata de una de las mayores leyendas de la historia de la música popular.

Aunque de acuerdo con algunos estudiosos del tema no es cierto que el movimiento de los hippies detonó con el “verano del amor”, en 1967, pues con su carácter anarquista-comunitario existió justamente en Haight-Ashbury desde un par de años antes, fue en esa fecha cuando San Francisco se convirtió en “la capital mundial de la música”. Esa ocasión asistieron a un festival denominado Human Be-In entre 70 mil y 200 mil jóvenes (según quién lo diga) provenientes de todo Estados Unidos, Canadá y Europa Occidental. De la versión más psicodélica de los Beatles, que además ese mismo año estrenó *All you need is love*, que se convirtió en un himno, surgió una de las grandes influencias del festival, realizado en el Golden Gate Park, adyacente al barrio. Las fuerzas del orden fueron permisivas ante el proclamado –y practicado– “sexo, drogas y rocanrol”, tal vez el más lejano antecedente que ha hecho a la ciudad de San Francisco un ícono de la libertad sexual y la despenalización del consumo de la marihuana.

Janis Joplin murió en Los Ángeles (oficialmente por sobredosis de heroína) por encontrarse allá grabando un disco, aunque seguía viviendo en Haight-Ashbury. Jimmy Hendrix, el virtuoso guitarrista, también vivió en el barrio y, como ella, murió a la edad de 27 y en el mismo año: 1970. Ellos, junto a bandas como la británica Pink Floyd, fueron íconos del “verano del amor”; y de allí se volvieron una leyenda. Al estar yo parado largamente frente al edificio en Ashbury 635, la casa de *La bruja cósmica*, trato de entender por qué nadie me acompaña al ritual, que para mí es obligado.



Al paso por Haight street.

EN AMORES CON LA MORENA

Inventando un país en Ashbury

Unos días antes no entiendo aún cómo deambular por San Francisco cuando llego al Golden Gate Park. Me entero después que he tomado la ruta más larga pero que gracias a eso entro directamente a Hippie Hill, el lugar exacto del “verano del amor”. Ignorando eso, me tiro en los prados verdísimos como si no lo pudiera evitar, antes siquiera de dar un buen vistazo. A espaldas de mí queda una especie de palacete de herrería blanca destinado al Conservatorio de las Flores.

‘En mi país está el inside de esos sueños libertarios, la rebeldía que vuelve el cuestionamiento una filosofía de vida’.

Contra la ley de la inercia, después de varios minutos me pongo de pie para recorrer el enorme parque, incluidos esos rincones que son memoriales y un lago con gansos como de cuento. Llego a un sitio prácticamente escondido que resulta famoso, el Shakespeare Garden, donde únicamente la voz suave de una chica que habla por su teléfono compite con el canto de las

aves. Parece el lugar indicado para hacer una meditación; pero los rayos del sol se cuelan entre los árboles para dar directo en mi cabeza. Existen otras salidas del parque pero algo extraño me hace volver a Hippie Hill.

Hay unas sillas verdes de madera pero yo prefiero sentarme en ese césped perfecto en la pendiente, a la sombra de un altísimo eucalipto, a unos pocos metros de donde un par de hombres descamisados broncean sus espaldas. Allí mismo invento mi micronación, el lugar más adecuado para vivir con el aire más puro y el cielo y la mente más despejados. Estipulo el amor romántico, en la confianza y lejano de la deslealtad; es en el que cada quien, como en la canción, lleva algunas flores en el cabello sin que el otro tenga derecho a expropiárselas con sus celos ni con sus afanes posesivos.

Aquí no hay demagogias sobre lo moralmente correcto desde el lado de la disidencia. La frustrada anarquía hippie es recompensada con la libertad que termina en el derecho de los terceros, como no tirar basura o no llevar a los perros sin correa; puedo sonreírle a una mujer, espontáneamente, sin que ella responda de otra forma que con una sonrisa despojada de suspicacias. Todo es música y también todo es

silencio. En mi pequeño país nadie se mete en lo que no le importa ni lo que hacen las minorías es exaltado porque no hace falta. Sentado sobre estos prados sintetizo una geografía con lo mejor que esta ciudad le ha legado al mundo con gente de todo el mundo: Ese mural psicodélico de colores, sabores, costumbres, sonidos e imágenes; santuario de perseguidos políticos y exiliados del hambre, el maltrato doméstico y la injusticia social; los derechos conquistados por toda esa comunidad que no es la heterosexual. Y, sobre todo, la hermandad que los hippies tomaron de la mejor tradición de oriente y la esparcieron por toda la urbe y su bahía.

En mi país –donde por supuesto se proclama el rechazo a cualquier guerra— está el *inside* de esos sueños libertarios, la rebeldía que vuelve el cuestionamiento una filosofía de vida: la duda permanente en la reinención del ser y el estar y también de la colectividad. Por eso no quiero un país perfecto, sino uno que reconozca las imperfecciones de todos, donde esos todos suelen darle cotidianas cachetadas a los egos. Y donde nunca se piense que la libertad de unos consiste en la opresión o la marginación de otros, ni por su condición social ni por sus ideas: ni tres ni cuatro deben ser pisoteados.

Por uno de los andadores miro pasar un hombre moreno y una mujer rubia de treinta y tantos, con un perro de raza pequeña. Se ven especialmente contentos, derrochando el tiempo en plena mañana de este jueves de inventar un país. Entonces abro una ventanita que da a la calle, donde transitan todas las culturas y sus subculturas, que parecen multiplicarse y confundirse. Quiero que mi país tenga una muy buena relación con ese *outside*, no el del consumismo ni el de las infames formas del descarte humano.

Apenas he esbozado esta pequeña nación, es cierto, cuando siento la humedad del pasto en la parte trasera de mi pantalón; me levanto para continuar mi camino.



Foto: Moisés Pablo / Cuartoscuro

Un país que conjura la ira

Por Ivonne Melgar

México es demasiado en tanto y todo como para pretender un país distinto.

Porque son vastas sus manifestaciones de belleza, inteligencia colectiva, conocimiento para construir armonía...Y el agua brota, la luz solar fluye, las mareas son generosas, mientras las flores compiten con las frutas en ese frondoso y delicioso afán de seducir...

Claro que encantan los cerezos neoyorquinos, los girasoles de La Haya y las orquídeas de Singapur. Pero cómo envidiarles si nuestros árboles se inclinan para abrazarnos, modestos y reservados, en medio del asfalto, como los que me escudan en esta unidad habitacional del sur de la CDMX que, en los años 70, diseñaron unos gobernantes autócratas caciques, con la misma abundancia con que se acababa y cooptaba a los opositores y a los críticos.

Imposible renegar de esta coexistencia de selvas, presas, minas, templos sagrados, palacios, iglesias, catedrales, monumentos con alas, muchedumbres

que se pintan de calacas, alebrijes que desfilan y santos y niños dioses milagrosos.

Y cómo anclarse en antojos ajenos si aquí los rincones culinarios -para todos los presupuestos- nos dan las mejores réplicas de aquellos y, al mismo tiempo, una interminable recreación de los nuestros tan ancestrales como vanguardistas.

Pienso, por supuesto, en el pozole con maíz de esquetes de nuestra recordada *Chalita*, la madre de mi adorado amigo Raúl Piña, autora de ese banquete que siempre añoro; el taco árabe de Puebla, los tamales de San Cristóbal de las Casas, la barbacoa que de Actopan o el Estado de México viene los fines de semana a las esquinas chilangas, el mole negro de Oaxaca, las quesadillas de quelites con chicharrón del tianguis de Acoxta, el manjar de escamoles y chapulines dónde sea, la machaca con huevo, las pizzas a la mexicana, las pastas con picante, los frijoles puercos, el bacalao con salsa de guajillo y chile ancho, el pastel azteca rebosante de queso, los chilaquiles con crema ácida, el pan de muerto con doble dosis de sabor naranja, el ojo de buey, los bís-

quets calientes, el café de grano que llegó de Coatepec, el carajillo con hielo bien agitado, el arroz frito mixto en la comida china de Universidad, las Rosca de Reyes con costra de concha, el agua chile sinaloense, los encuerados de Florita en la venta de enero...

Así que mi patria perfecta tiene mezcal ahumado, banderita tequilera y tintos de Coahuila con ensambles de Baja California, mientras suena una inolvidable posada navideña en la que hay consenso para que se repita, sin tregua, hasta la madrugada, la canción de Mi credo de K-Paz de la Sierra.

Sin competencia en la fiesta, sea amenizada por José José, Luis Miguel, Los Ángeles Azules y un largo y diversificado etcétera, el México de mis amores tropieza sin embargo con la ira y la indolencia.

Es ahí donde me doy y la Virgen de Guadalupe no alcanza ni los discursos de que los derechos para todos y esa parafernalia que pretende quitarnos la memoria y decirnos que el mejor país es el de la unanimidad en torno a un mantra de propaganda y un par de apellidos idolatrados, donde, eso sí, no

caben ni las cejas levantadas. Y de críticas y disidencias ni hablamos.

Por eso en mi maqueta de la nación deseable, los hijos de La Malinche dejan de rumiar su enojo reciclado dando paso a la concordia como palabra preferida. Y el maltrato a los otros como sinónimo de *soy chingón* tiene mala reputación y nunca buena prensa.

Es una amabilidad de diseño, por supuesto que sí, pero con una explicación de por medio que la sustenta, porque el alma colectiva ligera y democratizada nunca es gratis, diría Marx y los maestros que en el CCH nos advirtieron que las condiciones materiales determinan todo lo demás.

“En mi maqueta de la nación deseable, los hijos de La Malinche dejan de rumiar su enojo reciclado dando paso a la concordia como palabra preferida. Y el maltrato a los otros como sinónimo de soy chingón tiene mala reputación y nunca buena prensa”.

Así que en el GPS para la erradicación de la hostilidad como método político y la humillación como identidad ideológica hay un Sistema Colectivo del Metro sin olor a orines en las estaciones de transbordo y unidades suficientes de Metrobús a todas horas y siempre; y congresos empeñados en eliminar la escasez en los servicios hospitalarios, tercetos diputados en legislar sobre dolores evitables y senadores que nunca se distraen en enemigos inventados porque han decidido ponerle fin a la normalización de la violencia, el cobro de piso, la extorsión, los funcionarios que se venden al jefe de plaza y a cualquier expresión de la paz narca.

En ese México *libre de estás conmigo o contra mí*, cuando se presume que aquí los derechos cuentan y son para todos, todos entonces nos esforzamos por ejercer y hacer cumplir un derecho cuyo cumplimiento no depende de la secretaria de Hacienda ni de la suprema corte de justicia ni de la coerción del Estado: el de tratarnos bien porque nos sentimos iguales en serio y lo vivimos así.

Un país donde la ira únicamente se active cuando el derecho a dormir, cantar, comer, reír y tratarnos bien se ponga en entredicho.

Por Patricia Vega

A María Teresa Salcedo Ortega,
In memoriam

¿Mi país?

Me invitaron mis queridos amigos y colegas, los dos Pacos, a imaginar el país en el que me gustaría vivir. Atrapé el reto apenas fue lanzado, al vuelo, y sin considerar las dificultades que me esperaban. En estos tiempos en que me he vuelto muy olvidadiza, también olvidé que ignoré la acertada recomendación que un día me hizo don Luis Cardoza y Aragón, ese entrañable poeta y ensayista guatemalteco, vecindado en nuestro país hasta su muerte en 1992.

Con su característica voz dulce y cantarina, don Luis me advirtió: “si quieres ser escritora, ¡no más de diez años de periodismo! Pues el rigor testimonial al que te someterá tu profesión matará esa capacidad de imaginación que requiere la literatura. Serás buena para describir, pero no para inventar”.

No le hice caso --llevo cuarenta años cultivando el oficio de contar historias de la manera más apegada a la realidad que me ha sido posible--. Sufro las consecuencias de mi desobediencia y mi imaginación termina aplastada por la realidad en esa cotidiana escritura de lo que veo y oigo. Es por eso que la mayoría de mis textos nacen de experiencias reales y cercanas.

Empiezo, pues. Por haber nacido en 1957 pertenezco a la generación de los llamados *baby boomers*. Una generación a la que le tocó ser protagonista o testigo --para bien y para mal-- de los cambios políticos, sociales, culturales y tecnológicos más importantes de la segunda mitad del siglo XX.

Supe del asesinato de John F. Kennedy y el del Doctor Martin Luther King; del impacto del emblemático año de 1968 en la juventud occidental; vi, a través de la televisión, la llegada del hombre a la Luna en 1969. Después descubrí que el movimiento de liberación de la mujer terminaría por influir en mi vida de manera definitiva. Soñé con ser hippie, pero como no tenía la edad para andar en esos vericuetos me tuve que resignar con seguir el paso de la contracultura desde la comodidad del sillón de mi casa, bajo la tutela de una madre inteligente y sensible, siempre abierta a mis descubrimientos personales.

En cuanto tuve las herramientas y la oportunidad, hice de la contracultura uno de mis temas periodísticos favoritos y dese esa óptica aprendí a mirar el mundo y a soñar con su transforma-



Foto: Francisco Ortiz Pardo

ción. Un ejemplo será suficiente para sintetizar mi desilusión ante tanto fracaso, lo que me impide imaginar los “avances” civilizatorios que me gustaría vivir y disfrutar.

En 1959 era muy pequeña para entender el triunfo de la Revolución cubana, pero 20 años después, en 1979, me tocó seguir en vivo, a través de la prensa, el derrocamiento del dictador Anastasio Somoza, en Nicaragua, que fue antecedido por un terremoto físico que ocurrió en 1972 y que destruyó gran parte de la ciudad de Managua, capital de ese país. Casi a finales de esa década yo era testigo del terremoto revolucionario y vi a varias de mis amigas y colegas partir alegres, esperanzadas y solidarias para participar en las campañas de alfabetización y programas de corte social que iniciaron con el triunfo de los sandinistas (en particular recuerdo con enorme admiración a Rosa María Roffiel con su libro testimonial *¡Ay Nicaragua, Nicaragüita!* y a Gabriela Cano por sus incursiones --para contribuir con la causa-- en el entonces llamado turismo revolucionario).

Después, en 1983, realicé la cobertura informativa para Radio UNAM, del 2º. Festival Internacional de Poesía, convocado por el poeta michoacano Homero Aridjis. Ahí, en Morelia, la capital Michoacán, escuché a los combatientes revolucionarios sandinistas leer en voz alta su poesía: Gioconda Belli, Ernesto Cardenal, Daisy Zamora, Claribel Alegría... Si mal no recuerdo, portaban sus uniformes verde olivo

y, obnubilada, consideré un privilegio conocer personalmente a algunos personajes protagónicos de la Revolución hecha por los poetas, la nicaragüense.

Durante los años siguientes, ya como reportera cultural de *La Jornada*, escribí crónicas, reportajes y entrevistas sobre los logros del sandinismo en Nicaragua hasta que llegó el fin de ese sueño libertario y el inicio de la pesadilla dictatorial en la que aún hoy viven los nicaragüenses.

Entre muchas cosas más, fui testigo de las maniobras censoras emprendidas para destituir y despedir al antropólogo y sociólogo marxista, Roger Bartra, de su cargo como director del suplemento “La Jornada Semanal”. El motivo de su remoción fue autorizar la publicación de un texto crítico, muy crítico, del sandinismo que escribió el periodista catalán Joaquín Ibarz, quien bajo el título de la “La piñata sandinista” convirtió sus palabras en un filoso escalpelo para diseccionar con precisión las desviaciones de lo que, en sus inicios, fue una revolución ejemplar. Ese texto vio la luz antes del del arribo a la presidencia de Nicaragua del excomandante sandinista Daniel Ortega, de quien hoy se afirma que ha superado con creces las vilezas del dictador Anastasio Somoza contra el que el propio Ortega luchó en los años iniciales de la Revolución nicaragüense. ¿Ven el por qué me he vuelto una escéptica sin remedio?

Saco un as bajo la manga. En un lejano 1989 escribí sobre el apoteósico e inolvidable recital poético del escritor

uruguayo Mario Benedetti en El Palacio de Bellas Artes. Su presencia convocó a miles de admiradores que no cupieron en la sala principal del recinto, como si se tratara de un concierto de rock en un estadio. Esa crónica mereció anuncio en la primera plana de *La Jornada*. Ante mi falta de imaginación para cumplir con la encomienda que señalé al principio de este texto, recurro al poema convertido en canción “Te quiero” de Benedetti, porque el uruguayo describe en él al país en el que me gustaría vivir:

Tus manos son mi caricia/ mis acordes cotidianos/ te quiero porque tus manos/ trabajan por la justicia// si te quiero es porque sos/ mi amor mi cómplice y todo/ y en la calle codo a codo/ somos mucho más que dos// tus ojos son mi conjuro/ contra la mala jornada/ te quiero por tu mirada/ que mira y siembra futuro// tu boca que es tuya y mía/ tu boca no se equivoca/ te quiero porque tu boca/sabe gritar rebeldía// si te quiero es porque sos/ mi amor mi cómplice y todo/ y en la calle codo a codo/ somos mucho más que dos/ y por tu rostro sincero/ y tu paso vagabundo/ y tu llanto por el mundo/ porque sos pueblo te quiero// y porque amor no es aureola/ni cándida moraleja y porque somos pareja/ que sabe que no está sola// te quiero en mi paraíso/ es decir que en mi país// la gente viva feliz/ aunque no tenga permiso// si te quiero es porque sos/ mi amor mi cómplice y todo// y en la calle codo a codo/ somos mucho más que dos.

Retomo la voz para resumir que me gustaría vivir en un país en el que ser y pensar de manera diferente a como lo hace la mayoría de las personas no sea motivo de castigo, censura, desplazamiento forzado o hasta el asesinato. Me gustaría inventar un país en el que se respete la libertad de expresión, entre muchas otras.

Al escribir estas líneas pienso particularmente en quienes integran la red *Periodistas de a pie*. Ellas y ellos saben quienes son. Valoro, admiro y agradezco su trabajo. Por mi parte, declaro mi falta de competencia para abordar los temas a los que ese colectivo dedica sus destrezas periodísticas, mente y corazón.

Honro con estas líneas a quienes han pagado con su vida el atrevimiento de ser críticos: a cada uno de los 58 periodistas asesinados en México entre 2018 y 2024, según datos de el Mecanismo de Protección para Defensores de Derechos Humanos y Periodistas.

Ahora, guardo silencio de manera voluntaria.

Mi nación imaginaria

Por Leticia Robles de la Rosa

Viajar es una oportunidad para conocer, para aprender, para confirmar que un lugar mejor es posible o para darse cuenta que los errores de la humanidad dejan consecuencias lamentables en las sociedades.

A la pregunta de cómo sería un país ideal, el recuerdo de mis viajes me permite esclarecer mis ideas para imaginar esa nación que puede ser México, aunque me queda claro que mi idea no necesariamente es compartida por mucha gente.

Por ejemplo, a mi parecer fue muy importante que hace 10 años se concretaran reformas que permitían a México ser un país con potencial elevado en el mercado internacional energético; que se crearan organismos autónomos para regular las decisiones del Poder Ejecutivo para garantizar competencia económica, para que las concesiones en telecomunicaciones no respondieran a los caprichos del gobierno en turno; que la educación no fuera un botín de sindicatos que suspenden labores porque buscan que les den más y más y más dinero y prestaciones.

¿Por qué me parece que era un camino correcto?

Hace unos meses, en un artículo de opinión de *Excelsior*, relaté que en octubre del 2013 tuve la gran oportunidad de conocer Corea del Sur, una nación de la que leí mucho en los noventa, porque es uno de los cuatro tigres asiáticos: Taiwan, Corea del Sur, Singapur y Hong Kong, que sorprendieron al mundo por el avance vertiginoso de su economía, basado en una apuesta por la educación para el desarrollo tecnológico y el impulso a empresas que tradujeron el nuevo conocimiento en avances tangibles en salud, seguridad social y, por supuesto, economía.

Corea del Sur es una nación bella, limpia, que también es conocida por sus producciones cinematográficas.

Cuando la conocí, hace sólo 11 años, el mundo cantaba Gangnam Style y los coreanos estaban entusiasmados en incursionar en el mundo del espectáculo; por eso, invirtieron mucho en su escuela de cine y producción audiovisual, que conocí. Hoy todos conocemos las producciones que han marcado tendencias de audiencia en el mundo, como *El Juego del Calamar*, por ejemplo.

Las marcas LG y Samsung son altamente consumidas en esa nación, porque son suyas y se sienten orgullosos de haberlo logrado. Los coreanos sienten que cada uno de ellos es responsable del éxito económico que ha tenido su nación, que ya en 2013 tenía hospitales públicos altamente inteligentes; los pacientes portaban en sus *smartphones* sus expedientes clínicos y el pago en efectivo en las tiendas ya era poco común.

Ese mismo año también conocí Países Bajos, que en América Latina conocemos más como Holanda. La ciudad de Ámsterdam me pareció hermosa, con personas que entraban a lugares para fumar marihuana con total libertad; que recorren sus calles en bicicleta, por lo que hay muchos lugares donde dejarlas. Incluso se pueden dejar tiradas a la mitad de la calle y nadie las toca. No se las roban.

Como tampoco hay personas que se metan sin pagar al metro, al tren o a los autobuses, aunque no existen torniquetes ni alertas de que se pasa sin pagar. Es sorprendente ver cómo cada ciudadano coloca su tarjeta electrónica de viaje para marcar su ingreso y salida del transporte público.

Relaté cómo con un amigo brasileño hicimos el experimento de dejar su equipo de fotografía en el andén del tren y vimos cómo la gente llegaba, se sentaba, se iba y jamás alguien tocó el equipo. Hasta que regresamos por él.

A finales del siglo pasado conocí Canadá y me sorprendí con la zona donde habitan las personas con menores recursos económicos. Sus casas eran mejores que muchas de clase media en México, lo que me hizo entender por qué a nivel mundial se ubicaba la extrema pobreza en familias con ingresos inferiores a un dólar al día.

La profesión de periodista me ha permitido visitar muchos países muy diferentes a México. Ciudades como Viena, Roma, Londres, París, Madrid, Chicago, Nueva York han dejado huellas imborrables en mi vida, pero también el anhelo de que México pueda ser una nación como esas: con altos niveles de educación, con desarrollo tecnológico que le permita un crecimiento económico donde la pobreza no sea más el comer agua con harina, sino tener una vivienda como de Canadá; donde los ciudadanos se respeten, no se roben entre ellos; donde se pueda ser libre, sin temor alguno para decidir lo que consume y lo que hace de su vida.

“La profesión de periodista me ha permitido visitar muchos países muy diferentes a México. Ciudades como Viena, Roma, Londres, París, Madrid, Chicago, Nueva York han dejado huellas imborrables en mi vida, pero también el anhelo de que México pueda ser así”.

Una nación con excelentes servicios, conectada totalmente con la tecnología. Una nación donde exista la tolerancia y la polarización se erradique. Un país en el que trabajemos juntos por crecer nuestra economía. El lugar donde aspirar a ser cada día mejor sea una virtud y no un defecto y en que la pobreza duela tanto que nos lleve a todos a unirnos para erradicarla, no con limosnas, sino que mejores empleos, mejores ingresos y mejores servicios de salud y de educación.

Los esfuerzos realizados en el 2013 para lograr un México diferente, basado en reformas que permitieran despuntar su economía, no fueron aceptados por millones de mexicanos, que en 2018 optaron por otra forma de gobierno que ha revertido todos esos cambios para regresarnos al siglo pasado.

Los viajes, insisto, son una oportunidad de conocer países diferentes al nuestro y que hoy me permiten tener claro cuál es mi nación favorita... en la imaginación.



Foto: Especial
Londres. Solo un sueño en la estación Auditorio Nacional.



Foto: Francisco Ortiz Pardo

En un muro de San Francisco, por los derechos de las mujeres.

Por Itzel García Muñoz

En mi propio país es fundamental que desde pequeños se enseñe a las infancias a respetar las reglas mínimas de convivencia a través de un especie de contrato social pero no únicamente en los centros educativos sino principalmente en casa.

En mi país se pactan reglas de convivencia entre las y los niños y las personas adultas en un hogar donde, como en toda democracia, se escuchan los puntos de vista de todas las personas que integran ese núcleo familiar. Así, por ejemplo, las familias establecen reglas para mantener el orden y la limpieza de las áreas comunes de la casa; y también cada persona integrante de la familia determina ciertas pautas para el respeto a su privacidad en su espacio vital.

En mi país suelen acordarse ciertas pautas de comportamiento, principal-

mente relacionadas con el respeto a todas las personas que integran las familias, de tal suerte que, cuando existen diferencias, éstas puedan arreglarse dialogando.

En mi país, las parejas también elaboran una serie de pautas a fin de tener una convivencia sana, ya que se valoran el uno al otro y respetan sus sentimientos, opiniones, intereses, y hobbies. Se comparten planes, tareas y espacios, hablan con honestidad y piden perdón o disculpas cuando es necesario, mantienen la independencia y espacios personales, establecen acuerdos sobre las tareas del hogar y la convivencia en los espacios comunes, se comunican, son considerados el uno con el otro, fijan reglas para el manejo del dinero y el patrimonio común, entre otras cosas.

En los salones de clases de mi país, el alumnado fija con los profesores las normas básicas de convivencia que

El lugar de las normas respetadas

todas las personas deberán respetar. Y en la comunidad, todos velan por el bien común. Así, los contratos sociales ayudan a evitar conflictos y a tener una convivencia más sana.

En mi país se respetan los derechos de todas y todos porque son el eje fundamental de la convivencia social. Y, en caso de que exista alguna vulneración de derechos, existen los medios para que sean reparados. Todas las personas somos iguales frente a la ley.

Y es que en el país donde recientemente se impuso la Ley de Herodes, a sus habitantes les sucede exactamente lo contrario, no aprenden nada de su propia historia. Así durante los últimos meses, sus gobernantes han avasallado los pocos medios que la ciudadanía conservaba para que sus derechos sean respetados. Tristemente aprenderán cuando sus gobernantes pasen por encima de ellos. Pero bueno, qué se puede esperar de una nación en la cual las personas estacionan sus autos donde se les pega su repajolera gana, sin pensar el riesgo de los peatones o de las personas con movilidad reducida, total, que se las arreglen como puedan.

En mi país, las niñas y los niños son felices porque cuentan con alimentación, educación, salud, seguridad social, y vivienda. Lamentablemente, en la capital del país de la Ley de Herodes donde recién estuve de visita, no es de esa manera. Una noche que iba caminando en un barrio céntrico, un niño pequeño de unos 8 años estaba descansando de su larga jornada laboral dentro de una conocida pastelería de la ciudad capital. Al verlo tan agotado, le pregunté si quería un pan de dulce, a lo que el niño respondió que sí; escoge el que quieras, le dije. El niño con una gran sonrisa señaló una dona de chocolate adornada como una telaraña. Al decirle adiós, respondió con cara de alegría. Entonces pensé en lo injusta que es la vida, en que los gobernantes de su país no son capaces de trabajar para que esas infancias tengan una niñez plena.

En mi país, las autoridades respetan la ley y también la democracia no únicamente como forma de gobierno, sino también como forma de vida. Toda la ciudadanía tiene derecho a participar, ya sea de manera directa o indirecta, en las decisiones de gobierno. En mi país se práctica la democracia inclusiva y, particularmente se escucha a las minorías. Todas las decisiones se toman de común acuerdo porque en mi país todas las voces cuentan.

Y es que en el citado país de la Ley de Herodes, la clase gobernante que dice ser la voz del pueblo, ya que tiene una mayoría que logró a través del uso de la peores trapacerías, no ve ni oye a las personas que piensan distinto, es más, no existen.

“En mi país se respetan a todas las personas por el hecho de serlo; el respeto a la dignidad humana es el secreto de la paz”.

En mi país se respeta la manera de opinar de todas las personas y la participación de todos los grupos sociales en la cosa pública, con pleno respeto a los derechos humanos. Nada de censurar a los medios y a los periodistas que piensan distinto y que ventanean las malas prácticas de los gobernantes.

En mi país se respetan a todas las personas por el hecho de serlo, el respeto a la dignidad humana es el secreto de la paz. Ojalá en el país de la Ley de Herodes algún día entiendan lo que un día escribió Jorge Ibargüengoitia: “Lo triste o lo alegre de una historia no depende de los hechos ocurridos, sino de la actitud que tenga el que los está registrando”.

Nuestro México y la muerte



3



5

ADRIÁN CASSAOLA

Desde tiempos inmemoriales, la figura de la muerte ha estado presente en ceremonias prehispánicas, así como en códices y figuras creadas por nuestros antepasados. Se le han dedicado altares y templos y se le ha rendido tributo. A lo largo de los años y hasta llegar al siglo XX, la cultura mexicana ha tenido una estrecha y simbiótica relación con la muerte, quizá única con respecto al resto del mundo, por lo que en esta exposición tendremos la oportunidad de descubrir y admirar fotografías que dan muestra de ello.

Las fotografías que presentamos son en algunos casos imágenes poco conocidas de ese México de principios del siglo XX y esta simbiosis que tenemos los mexicanos con la figura de la muerte. Por ejemplo, esta costumbre en la provincia mexicana de retratar a los niños cuando fallecían. Se les vestía con túnicas o trajes improvisados, y éstos se cubrían de motivos religiosos para que los niños parecieran "santitos" y se convirtieran en una protección adicional para las familias. Luego eran retratados con madres, padres, abuelos y hasta mascotas. Un tranvía eléctrico que fungía como traslado oficial de los difuntos y que estaba acondicionado para albergar las coronas de flores, el féretro y a los familiares

dolientes. Un hombre cargando un ataúd de madera, que por sus dimensiones fue creado para enterrar a un bebé o niño.

Además aparecen en estas imágenes personajes icónicos mexicanos, como el general Emiliano Zapata asesinado en Chinameca, Morelos. Dicha imagen fue utilizada para cobrar la recompensa que el gobierno ofrecía por su captura o muerte. Tres hombres entre ellos mi bisabuelo, mostrando la ropa ensangrentada del Presidente Madero y el vicepresidente Pino Suárez, e investigando sus muertes un año después de su asesinato. Otro personaje revolucionario es Venustiano Carranza, quien aparece rodeado de sus colaboradores y cubierto por la bandera nacional. Fue asesinado en Tlaxcalantongo, Puebla en mayor de 1920. Estas y otras 12 fotografías están presentes en la exposición "Una mirada a la muerte en México, 1910-1923" que se expone actualmente en París desde octubre y hasta la primera semana de noviembre en la galería Art+Art. De esta forma, el público francés tendrá oportunidad de observar de cerca las fotografías con todos sus detalles. ¡Saludos, queridos lectores!

FOTO 1: Abuela y madre posan con su hijo muerto vestido de santo, antigua costumbre popular. Foto: Colección particular LGC, circa 1910.

FOTO 2: Tranvía eléctrico para traslados mortuorios. Foto: Hugo Brehme, c. 1915

FOTO 3: Hombre cargando un ataúd de madera en calle empedrada. Foto: Hugo Brehme, c. 1910

FOTO 4: Publio Trippiedi, Ernesto Hidalgo y Agustín V. Casasola posan con la ropa ensangrentada del Presidente Madero y el vicep. José Ma. Pino Suárez. Foto: Agencia Casasola, 1914

FOTO 5: Gral. Emiliano Zapata asesinado en Chinameca, Mor. Foto: Agustín V. Casasola, c. 1919

FOTO 6: Cadáver del Presidente Venustiano Carranza cubierto con la bandera nacional. Foto: Agustín V. Casasola, c. 1920



6



2



4



1